26 Marzo 77
18931

BLANCOS Y AZULES.

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS, EN PROSA Y VERSO,

LETRA DE

D. JOSÉ M. NOGUÉS Y D. RAFAEL M. LIERN,

MÚSICA DE

D. MANUEL F. CABALLERO, D. CRISTOBAL OUDRID,

Y D. JOSÉ CASARES.

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO DE APOLO, en la noche del 22 de Diciembre de 1876, á beneficio de la primera tiple doña Elisa Zamacois de Ferrer.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
dirigido por José C. Conde, Caños, 1
1877

L47 - 6929

L47-6929

BLANCOS Y AZULES.

65-5

BLANCOS Y AZULES.

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS, EN PROSA Y VERSO,

LETRA DE

D. JOSÉ M. NOGUÉS Y D. RAFAEL M. LIERN,

MÚSICA DE

D. MANUEL F. CABALLERO, D. CRISTOBAL OUDRID,

Y D. JOSÉ CASARES.

Representado con extraordinario éxito en el **TEATRO DE APOLO**, en la noche del 22 de Diciembre de 1876, á beneficio de la primera tiple doña Elisa Zamacois de Ferrer.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
dirigido por José C. Conde, Caños, 1
1877

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.....	Doña Elisa Zamacois.
BLANCA.....	» Carolina Uriondo.
RIGOBERTO.....	Don Tirso de Obregon.
RENATO.....	» Rosendo Dalmau.
MARCELINO.....	» Enrique Ferrer.
DANIEL.....	» Daniel Banquells.
EL CONDE.....	» Manuel Artabeitia.

Coro de aldeanos, de aldeanas, etc., etc.

Francia (Bretaña), 1793.

Esta obra es propiedad de los Sres. D. José M.ª Nogués y D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se h ya celebrado, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion. Los comisionados de la Galería Lírico-dramática, titulada El Teatro, de D. Alonso Gullon, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ RIVERO,

DIRECTOR GENERAL DE RENTAS,

En prenda de distinguida consideracion y afectuosa amistad,

RAFAEL M. LIERN.—JOSÉ M. NOGUÉS.

ACTO PRIMERO.

Salon gótico en un castillo de la Bretaña. Gran puerta al foro, y dos laterales. Ventanas repartidas convenientemente. A la derecha un clavicordio. Muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA, de pié junto al clavicordio, con un papel de música en la mano, y várias jóvenes alrededor. Figurará que acompaña una de las jóvenes.

MÚSICA.

. . . . . .

CORO. Sé mensajero
de mi dolor...

BLANCA. Tened presente (Interrumpiendo la melodía.)
mi indicacion;
falta conjunto,
y afinacion.
La misma frase:
mucha atencion.

CORO. Sé mensajero
de mi dolor;
que verle quiero,
díle, por Dios!

.....

BLANCA. (Interrumpiendo la cadencia.)
Esperad un solo instante,
pues de nuevo quiero ver...
si mi primo nos sorprende,
no le puedo sorprender.
(Observando con cautela si alguien viene.)

CORO. ¿Nadie viene?

BLANCA. Por fortuna.
Comencemos otra vez.

—

La frase entera
á decir voy;
haced vosotras
cuanto haga yo.

—

Céfiro blando
murmurador,
tiende tus alas,
busca á mi amor:
sé mensajero
de mi dolor;
que verle quiero,
díle, por Dios!

—

Desde la mitad de la anterior frase musical, el Conde ha aparecido por la puerta de la izquierda: se sorprende al ver en lo que se ejercitan Blanca y las demás jóvenes, escucha con agrado, y de puntillas se acerca al grupo que rodea el clave.

ESCENA II.

Dichos y el CONDE.

CONDE. ¡Bravo! ¡Bravo!
TODAS. ¡Ah!
CONDE. (A su prima.) No te asustes.
A tu sitio vuelve, pues.
BLANCA. Nuestro ensayo, no he creido
que pudieras sorprender.
CONDE. Nada importa: continúa,
si me quieres complacer.
BLANCA. Pero...
CONDE. Prima, te lo ruego.
BLANCA. Saldrá mal.
CONDE. Saldrá muy bien.
BLANCA. Pues se empeña, amigas mias,
con vosotras cantaré.

TODAS. Céfiro blando... etc.

CONDE. (Con las cadencias del coro.)
Es muy bonita
esta cancion,
y la ejecutan
con gran primor.

HABLADO.

BLANCA. Gracias, mis queridas amigas: más tarde repetiremos nuestro ensayo en presencia de mi tia. (Las jóvenes se retiran.)

ESCENA III.

BLANCA y el CONDE.

BLANCA. ¿Cómo has vuelto tan pronto?

CONDE. La lluvia ha interrumpido la cacería. Despues de todo, me alegro, porque así he podido sorprender vuestro agradable entretenimiento. ¿De dónde han salido tantos satélites como he visto alrededor del sol de tu belleza?

BLANCA. ¡Cómo se conoce que te has educado en la córte de Versalles! Esas jóvenes han venido del pueblo, y de los castillos vecinos.

CONDE. ¿Con qué motivo?

BLANCA. ¿No lo sabes?

CONDE. Cuando lo pregunto...

BLANCA. Pues ya lo sabrás.

CONDE. Su presencia aquí, indica, por lo ménos, la suspension de hostilidades entre el ejército vendeano y el de la república.

BLANCA. Primer efecto de la paz de que se habla.

CONDE. No creo que por ahora... ¿Y nuestra tia?

BLANCA. Sus dolencias la retienen en su inmenso sillon.

CONDE. ¿Ha habido noticias de tu padre?

BLANCA. Ningunas.

CONDE. ¿Por qué se ha ausentado de su castillo?

BLANCA. Lo ignoro.

CONDE. ¡Es singular! Me dice, que venga sin pérdida de momento, y cuando yo llego, él se vá.

BLANCA. Hace una semana.

CONDE. Dejándonos con nuestra tia... En tiempos de revueltas civiles, no me parece muy prudente...

BLANCA. Siéndole preciso ausentarse, tal vez por eso te haya mandado venir. Además, nuestros colonos, que son

muchos, nos quieren, nos respetan, y si fuera necesario, nos defenderian.

CONDE. Sin duda ninguna; pero... hola! dos aldeanos se dirijen á este salon. Me gusta mucho el traje de los bretones.

BLANCA. Es Rigoberto, y su hija Luisa.

CONDE. ¿Rigoberto? No le conozco.

BLANCA. Hace algunos años que tiene en arrendamiento nuestra alquería de Cornouailles, y todos le queremos como si perteneciera á nuestra familia.

LUISA. (Desde la puerta del foro.) Si mi madrina nos da su permiso?..

CONDE. ¿Eres su madrina?

BLANCA. De confirmacion.—Entra Luisa.

ESCENA IV.

Dichos, LUISA y RIGOBERTO. (Cada uno con un ramo de flores.)

MÚSICA.

LUISA. Risueña primavera
borda los prados;
estas flores son hijas
del mes de Mayo.
Les dió la aurora
las perlas que relucen
entre sus hojas.

Este presente,
que es para vos,
en el campo á los pobres
ofrece Dios.

(Blanca toma el ramo de flores que le ofrece Luisa.)

Es un recuerdo,
que en vuestro cumpleaños
vengo á ofreceros.

CONDE. (Torpe de mí:
ya sé por qué esas jóvenes
están aquí!)

RIGOB. La nieve que Diciembre
regó en los prados,
derrite el tibio aliento
del mes de Mayo.
Y nacen flores,
que la vista regalan
con sus primores.

De quien os diera
su corazon,
aceptad este pobre,
modesto don.
(Le ofrece el ramo de flores, que acepta Blanca.)
Es un recuerdo,
que en vuestro cumpleaños
viene á ofreceros.

BLANCA. Mucho agradezco
estas flores, emblema
de vuestro afecto.
CONDE. (Yo me avergüenzo
del papel desairado
que estoy haciendo.)

BLANCA. Si el cariño y la gratitud prestasen vida á las flores, estas no se agostarian nunca.

RIGOB. Si hubieran de durar tanto como el nuestro, vivirian eternamente.

BLANCA. ¿Te has explicado ya la compañía de esas jóvenes, que há poco estaban en este salon?

CONDE. Todo me lo explico, ménos mi torpeza; pero si no puedo haber á mano las flores que brotan en la campiña, te ofrezco las que nacen al calor de mi cariño.

BLANCA. ¿Llenas de vida como estas?

CONDE. Son las primicias de la primavera de mi amor.

RIGOB. Si nos dais vuestro permiso.....

BLANCA. (Mirando á su primo, y como dando á entender que han cometido una indiscrecion delante de Rigoberto y de su hija.) Aquí no sois importunos.

CONDE. ¿Qué opinais de la lucha que ensangrienta nuestras montañas?

RIGOB. Que la guerra entre hermanos es un crímen.

CONDE. ¿Habeis servido á la patria?

RIGOB. Por ella he derramado mi sangre. Primero, la que corria por mis venas: más tarde, la que prestaba vigoroso aliento á mi Beltran.

CONDE. ¿Beltran?

RIGOB. Mi hijo mayor.

CONDE. ¿Combate contra el ejército de la República?

RIGOB. No señor. (Con tristeza.) Hace algun tiempo, cuando se propuso abandonar nuestro hogar, yo contrarié su resolucion; pero no pude evitar que la realizara. «Todo el mundo parte á la guerra,—díjome un dia, y no quiero que nadie acuse de cobarde al hijo mayor de Rigoberto.» «¡Qué va á ser de tu familia!» le dije á mi vez; vaciló un instante; las lágrimas se agolparon á sus ojos, y me replicó: «Mis hermanos tienen padre; mis padres aun tienen dos hijos.» En aquel momento resonaba en nuestras montañas el estampido de los cañones que sembraban la muerte léjos de nuestra alquería.—«Adios,» me dijo: estrechándome entre sus brazos: el dolor obligóme á desprenderme de los suyos. Luego abrazó á su madre, besó á sus hermanos, cogió su fusil, y partió.

CONDE. ¿Y dónde se encuentra?

RIGOB. Si hay un sitio en el cielo para los que sucumben defendiendo una santa causa, allí debe de estar.

CONDE. ¡Murió!

RIGOB. Hace dos años, en defensa de nuestro legítimo Rey.

LUISA. ¡Pobre hermano mio!

RIGOB. ¡Era un valiente jóven! Su madre no pudo resistir la terrible noticia de la muerte de su querido hijo, y, más feliz que yo, fué á reunirse con él en la otra vida.

CONDE. Comprendo cuánto sufrireis.

RIGOB. Yo quedéme inútil en la guerra, y solo puedo cuidar de la direccion de las faenas agrícolas. No sé si sufro: sé que siempre experimento algo, que si no es profundo dolor, se le parece mucho, porque mis ojos se arrasan de lágrimas, recordando á mi esposa y á mi hijo; pero el señor cura, que con frecuencia nos visita, dice que Dios prueba así el temple de mi alma, que debo resignarme, y me resigno: qué he de hacer!

CONDE. ¿Teneis otro hijo varon?

BLANCA. Renato, cuyo carácter bondadoso le ha granjeado el cariño de nuestra familia.

RIGOB. Él, y mi Luisa, forman el encanto de mi vejez. Renato es breton de pura sangre. Luisa...

LUISA. Tambien soy bretona. (Con orgullo.)

RIGOB. Sí, pero tus ideas están un poco trastornadas.

CONDE. La influencia de la guerra... los pocos años...

RIGOB. Hace algun tiempo, que no acierto á explicarme el orígen de su inquietud.

BLANCA. ¡Hola!

RIGOB. No trabaja con el afan que ántes, ni su sueño es tranquilo. Y cuando la pregunto qué tiene, baja la cabeza, como ahora, y su respuesta es el silencio.

LUISA. ¡Padre mio!

RIGOB. Si vos, que sois más hábil que yo, no averiguais su secreto... entónces....

BLANCA. Si como á vos me contesta...

RIGOB. He advertido, que entre los dos hermanos existe singular coincidencia.

BLANCA. ¿Tambien Renato vive inquieto?

RIGOB. Sí, señora, y tampoco me explico este fenómeno, como no sea que le disguste la rudeza del trabajo á que ahora se dedica, despues de haberse educado en el castillo, como el hijo de un príncipe, gracias á la bondad de vuestro padre. Y aunque esto, en verdad, me disgusta, todavía me disgustan más las noticias que á mis oidos han llegado.

BLANCA. ¿Qué noticias?

RIGOB. Asegúrase que se va á proceder á un reclutamiento general en el país.

CONDE. Es cierto.

RIGOB. Renato me ayuda en mis faenas, lleva las cuentas de los trabajadores; lee los libros religiosos, que el señor cura nos permite leer; reza con Luisa y conmigo el rosario... En fin, si me quedo sin él, ¿quién llenará el sitio que deje vacío en mi corazon?

BLANCA. Tranquilizáos, Rigoberto, yo hablaré á mi padre, y Renato se quedará al lado de su familia.

RIGOB. (Sumamente contento.) ¡No sabeis cuánto os lo agradezco!

DANIEL. (Fuera.) Montañeses bretones,
no dejeis vuestro hogar,
que aún cubiertos de nieve
nuestros campos están.

—

CONDE. ¡Extraño y misterioso acento!

RIGOB. Es Daniel, el buhonero, que así, cantando, trepa á las cumbres de las montañas, recorre los senderos, visita los campamentos, y expende sus baratijas entre los soldados de uno y otro bando.

CONDE. ¿Y es breton?

RIGOB. Tipo singular, á quien ni impresiona el sol del estío, ni las nieves del invierno.

CONDE. Mi curiosidad se despierta... decidle que pase.

RIGOB. En este momento entra en el castillo. (Se acerca á la puerta del foro para indicar á Daniel que entre.)

CONDE. ¿Y esta jóven, tambien conoce á Daniel?

LUISA. No hay aldeano que no le conozca. Haya paz, ó haya guerra, todos los años recorre el país, desde Nantes á San Maló.

ESCENA V.

Dichos, y DANIEL.

RIGOB. Pasa, zorro de las montañas.

DANIEL. Buhonero no más.

CONDE. Con tu permiso, prima, voy á recompensar el recuerdo de tu ahijada. ¿Traes algun objeto que sea digno de esta jóven aldeana?

DANIEL. (Presentando el cajoncillo de sus mercancías.) Traigo sortijas, cruces, relicarios. Elegid, Sr. Conde.

CONDE. (Sorprendido). ¿Me conoces?

DANIEL. Como á vuestro padre, como á todos los nobles señores de nuestra vieja Bretaña. Soy Daniel, el decano de los buhoneros del país de Cornouailles.

(Miéntras el conde elige algunos objetos, que luégo entrega á Luisa, Rigoberto se acerca á Blanca, y le dice:)

RIGOB. Señorita Blanca, nada digais delante de ese hombre, acerca de la ausencia de vuestro padre.

BLANCA. ¿Sospechais?

RIGOB. Que es un espía.

(El conde da vários objetos á Luisa).

LUISA. Gracias, Sr. Conde. (Va á enseñárselos á su madrina que habrá ido á sentarse en un sillon, colocado junto á un velador, á la izquierda. El Conde se sienta al otro extremo del velador. Luisa permanecerá de pié detrás del sillon de Blanca. Rigoberto, en medio de la escena, y Daniel, á la derecha, á algunos pasos de distancia.)

DANIEL. El Sr. Rigoberto me mira de reojo, y habla bajo: ¿qué dice de mí?

RIGOB. Digo... (Resuelto) lo que pienso.

DANIEL. Si es justo, ¿por qué lo decís bajo?

RIGOB. Nada temo: solo he querido evitar que te pongas de mal humor.

DANIEL. ¿De mal humor? Os autorizo á que habléis alto.

RIGOB. Pues bien: he dicho á la señorita Blanca, que en el país se asegura, que eres, ó un espía, ó un hechicero.

DANIEL. ¿Yo?

RIGOB. Si eres ó no hechicero, lo ignoro; que eres espía, lo aseguro.

DANIEL. ¿Vos, señor Rigoberto?

RIGOB. ¡Por la memoria de mi hijo!

DANIEL. Os equivocais.

RIGOB. Hace quince dias, volviendo del mercado á la granja, el cansancio y la fatiga obligáronme á sentarme en el tronco de un árbol, que ví junto al foso que está á la entrada del bosque de Mollac. Distinguí á lo léjos á un soldado, que á buen paso se dirigia al sitio en que yo estaba... ¿Empiezas á comprender? (A Daniel).

DANIEL. Sí; era un jóven de las filas republicanas: venia con su fusil al hombre: uniforme azul, vueltas encarnadas, cuello amarillo.

LUISA. (Involuntariamente). ¿Del segundo regimiento de cazadores?...

RIGOB. ¿Qué dices?

LUISA. (Comprendiendo su imprudencia, y tratando de desorientar á su padre.) —Nada, padre mio; es... que... ese regimiento pasó cerca de la alquería....

RIGOB. Pues bien: cuando ví que el soldado republicano se aproximaba, yo me agazapé en el foso, él entró en el bosque, y á los pocos pasos un hombre le gritó: ¡Deteneos! ¡No sigais adelante!» ¿Sabes quién era ese hombre?

DANIEL. Yo.

RIGOB. ¿Y no le digiste: una avanzada del ejército vendeano se encuentra hácia la izquierda, y si os distingue?...

DANIEL. Sí.

RIGOB. ¿Y no le indicaste sobre la derecha un sendero oculto, para que se pusiera en salvo?

DANIEL. Tambien es cierto.

RIGOB. ¿Y tú no eres un bribon?

DANIEL. No.

RIGOB. ¿Un espía?

DANIEL. No.

RIGOB. Hago juez de tu causa al Sr. Conde.

DANIEL. ¿Es decir, Sr. Rigoberto, que vos, que sois hombre honrado, que sois padre, hubiérais dejado matar á aquel jóven?

RIGOB. Era un azul, y los azules mataron á mi hijo.

DANIEL. Veo que el Sr. Rigoberto y yo, aún no podemos entendernos; andando el tiempo, tal vez sea otra cosa; entretanto, como en el país comienzo á despertar recelos, podeis denunciarme, y hasta hacer que me fusilen, no os lo impido; pero no por eso dejaré de prestar ahora un servicio á la señorita Blanca, y á su primo el Sr. Conde. Hasta mañana pueden vuseñorías permanecer en este castillo; más tarde, el peligro es seguro.

CONDE. (Sonriendo.) ¿El peligro? ¿Y por qué?

DANIEL. Lo ignoro.

BLANCA. Agradezco el aviso; pero no puedo hacer lo que me indicais; hoy, ó á más tardar, mañana, esperamos á mi padre, que se encuentra, hace ocho dias, con algunos de sus amigos en el castillo de la Boulaye, cerca de Chantillon.

DANIEL. El Sr. Marqués no está en el castillo de la Boulaye.

BLANCA. (Con viva curiosidad.) ¿Dónde está?

DANIEL. Lo ignoro: solo sé, que se embarcó hace una semana en las cercanías de Carnac.

BLANCA. ¿Con qué objeto?

DANIEL. Tambien lo ignoro; pero seguramente no estará aquí mañana.

CONDE. (riendo.) Rigoberto tiene razon. Daniel es un hechicero, ó un profeta.

BLANCA. Y en esta ocasion, falso profeta. Si no, al tiempo.

RIGOB. (Con alegría.) Sr. Conde, ese jóven que se acerca es mi Renato.

CONDE. ¿Con el fusil al hombro?

RIGOB. No se puede caminar de otra manera por el país.

ESCENA VI.

Dichos y RENATO, que deja el fusil en un rincon, cerca de una mesa á la izquierda del foro.

RIGOB. Esta mañana he querido darte un abrazo ántes de venir al castillo, y no te he encontrado en la alquería.

RENATO. Salí ayer tarde... y no he vuelto.

RIGOB. Has pasado toda la noche léjos de tu padre. ¿Qué te ha obligado?..

RENATO. Recibí una órden por escrito del Sr. Marqués.

BLANCA. (Vivamente.) ¿De mi padre?

RENATO. «Renato, decia, espérame mañana en la playa de Carnac.»

DANIEL. ¿Soy falso profeta?

BLANCA. ¿Habeis visto á mi padre?

RENATO. Sí, señora.

BLANCA. ¿De dónde venia?

RENATO. Segun me dijo, de Inglaterra. Me ha confiado vá-

rias cartas para los jefes del ejército vendeano, que ya las han recibido, y además una para la señora baronesa, vuestra tia, otra para el Sr. Conde, vuestro primo, y otra para vos. (Entrega una carta al Conde. y dos á Blanca.)

BLANCA. Gracias, Renato. Si os sorprenden con esta correspondencia...

DANIEL. Muere fusilado.

RENATO. ¡Y qué importa! Hubiera muerto por vos, señorita, y por vuestro padre, á quienes debo cuanto soy. Pero no habia peligro: ayer tarde me encontré á Daniel, que me indicó un sendero desconocido, y, gracias á sus advertencias, pude llegar á la playa, sin encontrar un solo puesto enemigo.

RIGOB. ¡Es posible! ¿Luego tú eres partidario de los blancos?

DANIEL. No.

RIGOB. ¿De los azules?

DANIEL. No.

RIGOB. ¿Qué eres entónces?

DANIEL. Ya lo he dicho: un buhonero que vive de su trabajo, y no más.

CONDE. Daniel, compro todas tus mercancías al precio que tú quieras apreciarlas. (Comprendiendo la honradez de Daniel.)

DANIEL. Gracias, Sr. Conde.

BLANCA. ¿Quieres llevar esta carta á nuestra querida tia? (Una de las dos que le ha entregado Daniel.)

CONDE. Y al propio tiempo me enteraré de lo que tu padre me dice. (Váse.)

BLANCA. Daniel, no abandoneis el castillo sin que ántes os detengais, siquiera un momento, en el comedor.

DANIEL. Lo haré así, porque los hechiceros tambien se alimentan como las demás personas.

BLANCA. Y vos, Renato, despues de la noche que habeis pasado, id á descansar.

RENATO. Si no estoy cansado. Lo que siento es no haber po-

dido llegar más temprano, para traeros un ramo de flores, hoy que celebrais vuestro cumpleaños.

BLANCA. Algo mejor que eso me habeis traido. (Mostrando la carta.) y no olvidaré nunca esta prueba de lealtad.

RENATO. Si es así...

RIGOB. Vamos, vamos; la señorita tiene razon, descansa un rato.

RENATO. Os aseguro, que no lo necesito; estoy dispuesto á emprender de nuevo el camino, si es necesario.

DANIEL. (A media voz.) No vas tú por uno muy bueno.

RENATO. ¿Por cuál voy? (Sorprendido.)

DANIEL. Créeme, Renato; el que has recorrido la noche pasada, es ménos peligroso.

RENATO. ¿Qué quereis decir?

DANIEL. Nada. Acompáñame; tomaremos un bocado, y esto es más sólido... créeme.

RENATO. (Si sospechará.)

RIGOB. Ven, Luisa.

BLANCA. Dejadla conmigo: ya sabeis que entre las dos hay una cuenta pendiente. (Vánse por el foro, Rigoberto, Renato y Daniel.)

ESCENA VII.

BLANCA y LUISA.

BLANCA. Dispensa un momento. (Abre la carta y lee.) «Querida hija mia: no puedo, como habia pensado, estar mañana de regreso en el castillo...» (Hablado.) El buhonero tenia razon. (Lee.) «Tu tia y tu primo, á quienes escribo, te dirán cómo y cuándo nos volveremos á ver, y lo que deseo que hagas, sin que opongas el menor inconveniente.» (Hablado.) La voluntad de mi padre será siempre acatada por mí. (Volviéndose á Luisa.) Acércate, Luisa.

MÚSICA.

Si una niña suspira
con triste afan;
si la inquieta en su sueño
hondo pesar,
la consulta es inútil
con el doctor:
si es mal lo que padece,
es mal de amor.
¿La respuesta suprimes?
¿La frente bajas?...
Tu silencio me dice
lo que me callas.

LUISA. ¡Ah! ¡Cuánto sufre
mi corazon!

BLANCA. ¿Cuál es la causa
de tu temor?
¿De qué proviene
tu agitacion?

LUISA. Vivo esclava del cariño
que atesora el alma mia,
y mi pena y mi alegría
se confunden sin cesar.
Ve mi padre mi quebranto:
me interroga, muda quedo,
y decirle yo no puedo,
qué motiva mi pesar.

BLANCA. (Horrible duda
mi mente asalta!...)

No, no es posible: (Rechazando una idea.)
¡injusta soy!

LUISA. (Comprendiendo la idea de Blanca.)
¿Qué habeis pensado?
¡Es quien adoro
de la honra mia
fiel guardador!

De humilde cuna,
pobre aldeano,
sin más fortuna
que su honradez,
vivo, si vive;
si muere, muero,
porque le quiero
más cada vez!

BLANCA. Aunque es su cuna
pobre y humilde,
¡qué más fortuna
que la honradez!
Tus inquietudes
calmar espero,
porque yo quiero
sólo tu bien.

Es preciso que tu padre
sepa al punto...

LUISA. ¡No por Dios!

BLANCA. ¿Por qué? Dí.

LUISA. Es republicano
quien la paz me arrebató.

BLANCA. ¿Y amas tú, á quien sus deberes
así cumple?

LUISA. ¿Por qué no,
si al servicio fué por fuerza,

y es la ley quien le obligó?

BLANCA. Dá al olvido su memoria.

LUISA. Vive aquí, en mi corazon:
¡miéntras lata, no es posible
que olvidarle pueda yo!

¿Cómo, ni un punto,
le he de olvidar,
si es mi cariño
su talisman?
Por mí no ha muerto:
¡por mí, vendrá!
¡si yo le olvido
le matarán!

BLANCA. Haz lo posible
por evitar,
que proporciones
adquiera el mal.
Si en tus empeños
sigues tenaz,
de tus deberes
te olvidarás.

HABLADO.

Tu padre el secreto ignora
de tu amor, segun refieres;
pero el hombre á quien tu quieres
conocerá...

LUISA. No señora:
nunca le ha visto.

BLANCA. ¡Es extraño!

LUISA. El temor mi lengua enfrena...
Yo le conocí en Turena,
donde estuve más de un año.
Que me amaba, dijo un dia,

y, lo que dijo, yo oí,
y, sin saber, dije, sí,
y dije lo que sentia.

BLANCA. Comprendiendo la razon
de tu silencio obstinado,
en trance tan apurado,
no encuentro la solucion.
(Concibiendo una idea).
¿Sabes de tu amante?

LUISA. Sí:
de léjos, solo un momento,
le he visto en su regimiento,
cuando pasó por aquí.
Me miró; yo le miré...
el amor es atrevido,
y el riesgo dando al olvido
vendrá á verme á donde esté.

BLANCA. Pues bien: si el republicano,
á quien impaciente esperas,
deserta de sus banderas,
el premio será tu mano. (Mirando fijamente á Luisa.)

LUISA. ¿Qué decís, madrina mia?
Mi amante... ¡No puede ser!
¡si faltara á su deber,
hasta muerta, le odiaria!

BLANCA. (Es injusto vacilar,
cuando se ama de tal modo.)
Siempre en todo, y para todo,
conmigo puedes contar.
Dá treguas á tu quebranto:
mucho te debe querer,
y mucho debe valer,
cuando tú le quieres tanto.

LUISA. ¡Con delirio, lo confieso!
¿Y cómo no?.. Ingrata fuera,
si solo un instante...

(Se oyen voces y rumor fuera.)

BLANCA. Espera:
¿no has escuchado? (Dirigiéndose al foro y viendo aparecer al conde.)
¿Qué es eso?

ESCENA VIII.

Dichos y el CONDE.

CONDE. Nada te asuste.
BLANCA. ¿Qué pasa?
CONDE. Que á un azul han sorprendido
al penetrar en el parque.
BLANCA. ¿Cuáles eran sus designios?
CONDE. Pronto vamos á saberlo.

ESCENA IX.

Dichos, y vários guarda-bosques, que conducen preso á MARCELINO.

VALENT. (Al preso en la puerta del foro.)
¡Adelante! (Entra en escena Marcelino.)
LUISA. (Reconociéndole.) (¡Marcelino!)
VALENT. Señor conde, es un espía
del ejército enemigo;
yo le sorprendí escalando
los muros de este castillo.
CONDE. (A Marcelino.)
¿Quién te ha mandado venir?
MARCEL. Nadie. (Viendo á Luisa.) (¡Luisa!)
CONDE. ¿A qué has venido?
MARCEL. (La comprometo si hablo.)
CONDE. Responde.
MARCEL. Señor..

CONDE. Te he dicho.
que respondas.
MARCEL. ¡Imposible!
CONDE. ¿Segun eso, los que han visto
en tí, un espía, acertaron?
(Silencio por parte de Marcelino.)
Valentin.
VALENT. Señor...
CONDE. Hoy mismo.
será fusilado el preso
donde há poco fué cogido.
LUISA. (Involuntariamente, y ahogando la frase.)
¡No! (Vivamente á Blanca.) ¡Madrina, es él!
BLANCA. ¿Qué dices?
MARCEL. ¡Qué me importa si la he visto!) (Mirando á Luisa.)
LUISA. Mi amor le lleva á la muerte.
BLANCA. ¡Deteneos! (Vivamente.)
CONDE. (Sorprendido.) No me explico...
BLANCA. Gozaban de un privilegio
las damas de este castillo,
que los años, como sabes,
poco á poco han abolido.
CONDE. Del de librar á los reos
de la muerte ó del suplicio.
BLANCA. Hoy lo reclamo.
CONDE. ¿Tú quieres?
LUISA. (Involuntariamente.)
El perdon de...
CONDE. (Despues de mirar á Blanca y á Luisa.)
Concedido.
(Por sus mejillas de rosa)
dos perlas rodar he visto.)
(A los guarda-bosques.)
Encerrad al prisionero
en una torre.
BLANCA. No... primo...
(Al ver que el Conde la mira.)

celebra mis cumpleaños
por completo.

CONDE. ¿Y qué es preciso
hacer?...

BLANCA. Que de aquí se vaya
el preso como ha venido...
Sin ejemplar.

LUISA. (Notando la vacilacion del Conde.)
Tal vez tenga
madre y novia el pobrecillo...

CONDE. Regresa á tu campamento: (Despues de breve pausa.)
libre estás.

LUISA. (¡Gracias, Dios mio!)
(Bajo á Marcelino.)
Y que no vuelvas á verme
miéntras exista peligro.

MARCEL. (Morir, ó vivir sin verla,
por ventura, ¿no es lo mismo? (Vase.)

(Luisa vuelve la cabeza para ver á Marcelino, y al tropezar con su mirada se vuelve de repente, y se enjuga las lágrimas.)

ESCENA X.

BLANCA, LUISA, el CONDE, y á su tiempo RENATO.

BLANCA. Noble accion has realizado.

CONDE. Por tí inspirada.

BLANCA. La estimo
en cuanto vale.

LUISA. ¡Qué gozo
tendreis tan grande! ¡Os lo envidio!

RENATO. (Entrando.)
Padre te aguarda, Luisa.

LUISA. Me voy, con vuestro permiso. (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

Dichos, ménos LUISA.

CONDE. Encierra graves noticias
la carta que he recibido.
RENATO. Yo venia...
BLANCA. Un solo instante.
Habla. (A su primo.)
(Renato, al notar que el Conde se detiene un momento, se aleja hácia el foro.
Renato, no he dicho
que os vayais de aquí. Mi padre (al Conde.)
no le oculta sus designios:
tal confianza le inspira.
RENATO. Gracias. (Con marcado reconocimiento.)
CONDE. Segun he sabido,
la tregua pronto concluye,
y á que concluya me inclino.
Las parroquias llamarán
á todos los campesinos
que pueden ser por sus años
útiles para el servicio,
y Charette en nuestros bosques,
con el poderoso auxilio
de tu padre, á quien secundan
deudos, parciales y amigos,
hará que, de los azules,
no quede el menor vestigio.
BLANCA. ¡Mi padre....
CONDE. Irá en la vanguardia,
y yo á su lado. Es preciso
dar ejemplo.
BLANCA. ¿Y cuándo partes?
CONDE. Cuando reciba el aviso...

es decir: la contraseña...
¿Sabeis cuál es? (á Renato.)

RENATO. Y la he visto:
una flor de lís bordada
en seda verde. Me han dicho,
que es obra de la princesa
real, que hacerla ha podido
en su prision de la Torre
del Temple.

CONDE. Y es positivo.
Tal vez mañana ó pasado
la reciba, y necesito
que resuelvas con premura
un asunto importantísimo,
de que tu padre me habla,
y que someto á tu juicio.

BLANCA. No comprendo.

CONDE. Aunque me halague
la bondad con que mi tio
me distingue, ciertamente
yo quedaré más tranquilo,
más feliz, más satisfecho,
si cuando leas su escrito,
tambien apruebas sus planes. (Le da la carta.)
Entretanto, me retiro
al lado de nuestra tia:
lo que decidas, decido. (Váse.)

ESCENA XII.

BLANCA y RENATO.

BLANCA. ¡Qué misterio! Permitidme. (Lee la carta.)

RENATO. ¡Si mi sospecha!... (siguiendo á Blanca con la vista miéntras lee.)

BLANCA. (Cuando termina la lectura de la carta.)
¡Dios mio!

RENATO. ¿Ocurre alguna desgracia?

BLANCA. Al contrario. Un imprevisto (Con emocion.)
suceso... es decir, ahora
yo no esperaba... el motivo
de la premura me inquieta...
pero... en fin... sois un amigo,
que mucho os interesais
por nosotros, y esto mismo
oblígame á revelaros...
el primero á quien confío
la nueva es á vos: leed
la carta que habeis traido.

RENATO. (Leyendo.) «Va á entrar la presente campaña en su »último y decisivo período. Ignoro cuál será el re»sultado. Con el auxilio de Dios estaré siempre don»de el deber me llame; pero la idea de que mi hija »pudiera quedarse sola y sin amparo en el mundo, »me mortifica, y tal vez me hiciera vacilar en deter»minados instantes, y como jefe de un ejército, mi »conducta debe servir de modelo. Deseo, por lo tan»to, que mi sobrino, estimando como yo las razo»nes que me obligan á trazar la presente carta, en »el momento en que de su contenido se entere, pase » á la capilla del castillo, y en presencia de la Viz»condesa de Fontenay, mi hermana, se una en ma»trimonio con su prima Blanca.»

(Tal será la emocion cada vez ménos disimulada de Renato, á medida que avanza en la lectura del último tercio de la carta, que llamando la atencion de Blanca, está exclamará:)

BLANCA. ¿Qué teneis, Renato?

RENATO. (Devolviéndole la carta.) Nada....
que yo tambien participo
del gozo de... el Sr. Conde,
es, sin duda, un gran partido...
nombre glorioso... fortuna...
nacimiento... os felicito...

y me alegro más que nadie.

(Aquí comienzan á oirse los primeros acentos de la orquesta.)

BLANCA. Gracias, Renato. Es preciso
aprovechar los momentos,
y corro á ver á mi primo. (Váse.)

ESCENA XIII.

RENATO, que en vano procura sofocar sus sollozos, se deja caer en un sillon junto á la mesa, y rompe á llorar como un niño.—Con dolorosa desesperacion, velada la voz por el llanto.

MÚSICA.

RENATO. Comprender que es un delirio
la pasion que el alma inquieta,
que á su imperio me sujeta,
y amar sin querer amar;
ver morir mis ilusiones,
y mi pasion en aumento,
ni concibo igual tormento,
ni le puede haber igual!

¡Oh, Dios, tú solo,
tú solo puedes
prestarme fuerzas
en mi afliccion!
Que en esta lucha
desesperada,
al fin sucumbe
mi corazon.

ESCENA XIV.

Dicho y RIGOBERTO.

HABLADO.

RIGOB. Tu hermana y yo á la alquería
partimos. (Fijándose en Renato.)

¡Renato! ¡Lloras! (Acercándose á su hijo.)
Respóndeme.

RENATO. ¡Padre!

RIGOB. Ignoras
que grande será la mia,
si me callas tu afliccion. (Lijera pausa.)
¿No has advertido ni adviertes,
que las lágrimas que viertes
brotan de mi corazon?
¿Qué te aflige, y desde cuándo,
Renato, á inquirir no llego.
Habla, pues, yo te lo ruego.

RENATO. No. ¡Imposible!

RIGOB. (Con severidad.) ¡Te lo mando!

RENATO. Aún más me vereis sufrir,
padre, si más se me instiga,
para que indiscreto, diga
lo que no puedo decir.
Digno de vos yo seré
donde la suerte me lleve:
la tregua espira, y en breve
á la guerra partiré.

RIGOB. ¿Qué dices? (Con disgusto.)

RENATO. Es necesario
de hoy más, que en cada breton
encuentre la Convencion
un indomable adversario.
Preso el monarca se ve;
la libertad nos oprime,
y un pueblo no se redime
sino luchando con fe.
El armisticio termina,
y émulo del rudo galo,
el Marais toma su palo,
y el Bocage su carabina.
Nada habrá, pues, que retarde.

ó que mi partida excuse:
no quiero que nadie acuse
á Renato de cobarde.

RIGOB. Yéndote, mi corazon,
consuelo no podrá haber.

RENATO. Padre, corro á defender
nuestra santa religion.
Ceda todo al pensamiento
comun que ligarnos debe;
que el poder central no lleve
más adelante su intento;
y sobre todo, sepamos
defender nuestras montañas,
y no en una, en cien campañas,
como bretones muramos.

RIGOB. La religion. ¡Dices bien!
hombres, niños y mujeres,
cumplirán con sus deberes
al toque de somaten.
Que ni un punto el vendeano
ceje en la guerra civil;
toma: empuña tu fusil,
y venga á tu pobre hermano.

RENATO. Dadme vuestra bendicion.

RIGOB. (De mis fuerzas desconfío.)
(Extendiendo la mano sobre la cabeza de su hijo)
Yo te bendigo, hijo mio: (Breve silencio, durante el cual le estrecha entre sus brazos.)
cumple con tu obligacion.
(Desprendiéndose de los brazos de su hijo.)

RENATO. Cumpliré con ella, padre.

RIGOB. Ten, para guarda del pecho,
esta cruz que desde el lecho
de muerte, me dió tu madre.
Bésala.

RENATO. Sí; noche y dia

mi escudo será en campaña.

RIGOB. A defender la Bretaña.
Vela por él. (Elevando las manos al cielo.)

RENATO. ¡Madre mia!

ESCENA XIII.

Dichos y LUISA.

LUISA. ¿A dónde vas tan de prisa? (Saliendo al encuentro de su hermano.)

RENATO. A donde el deber me llama.

LUISA. Antes oye, pues supongo,
que no sabes lo que pasa.

RIGOB. ¿Se aproximan los azules?

LUISA. La nueva es nueva muy grata.
¡Qué callado lo tenia!
nada me dijo.

RIGOB. ¿Quién?

RENATO. (Con impaciencia.) Habla.

LUISA. Mi madrina.

RENATO. (Involuntariamente.) ¿Se ha casado?

LUISA. (Sorprendida.) ¿Tú sabes?...

RENATO. (Queriendo disimular.) Yo no sé nada;
pero...

LUISA. ¡Es extraño!

RENATO. (Sin poder dominar su agitacion.) Contesta.

LUISA. No se ha casado. Tú estabas
en el secreto.

RENATO. No.

LUISA. Entónces,
¿cómo has dicho que?...

RENATO. ¿Y se casa?

RIGOB. (Que ha estado observando atentamente á su hijo.)
(¡Ah! me parece que leo,
como en un libro, en su alma!)

LUISA. Yo no puedo asegurarlo,
aunque á juzgar por las trazas...
los aldeanos se acercan,
y alegres cantan y danzan:
está visto: mi madrina
y el Sr. Conde se casan.

ESCENA XIV.

Dichos, y á su tiempo BLANCA, el CONDE, y aldeanos de ambos sexos.

MÚSICA.

CORO. (Fuera.) Vivan los novios
siempre felices;
¡Dios les conceda
su bendicion!

RENATO. (¡Esos acentos,
á pesar mio,
cómo desgarran
mi corazon!)

LUISA. Dios á los novios
colme de bienes,
y les conceda
su bendicion.

RIGOB. (¡Pobre hijo mio,
comprendo ahora (Mirando á su hijo).
cuál es la causa
de tu afliccion!)

CORO, *entrando en escena precedido de* BLANCA *y del* CONDE.

Vivan los novios
siempre felices:

(Acompañan á ¡Blanca algunas de las jóvenes que aparecieron en la escena primera.)

Dios les conceda
su bendicion!

—

CONDE. (Al coro.) Mucho agradezco
vuestro interés.
LUISA. Os felicito,
y á vos tambien. (Por Blanca.)
BLANCA. Gracias, Luisa.
LUISA. (A Ren. y á su padre). No os engañé.
¡Mayor mi júbilo
no puede ser!

CONDE. (A Blanca). Eterna ventura
tu amor me asegura,
tu amor, que es mi vida,
mi vida y mi bien.
Con creces el cielo
hoy premia mi anhelo:
amándote siempre
tu esclavo seré.
BLANCA. Eterna ventura
tu amor me asegura,
y amándote siempre
por tí viviré.
Benévolo el cielo,
premiando mi anhelo,
en breve ante el ara
tu esposa he de ser.
LUISA. Si eterna ventura
amor asegura,
por siempre dichosos
los dos han de ser.
Benévolo el cielo
premiando su anhelo,
muy pronto bendita

su union han de ver.

RENATO. Jamás la ventura,
que amor asegura,
benévola suerte
me habrá de ofrecer!..
¿Qué puede en mi duelo
prestarme consuelo?
Por qué la amo tanto,
si de otro ha de ser!... (Mirando á Blanca.)

RIGOB. Horrible amargura
mi pecho tortura,
que nunca su pena
calmada veré. (Por Renato.)
Por qué, justo cielo,
no tengo el consuelo
de ser ahora y siempre,
quien sufra por él!

CORO. Si amor asegura
constante ventura,
dichosos los novios,
sin duda, han de ser.
Benévolo el cielo,
premiando su anhelo,
unida muy pronto
su suerte han de ver!

CONDE. Nuestro enlace, amigos mios, (Al coro.)
preparaos á celebrar.
Nos espera el sacerdote. (A Blanca.)
Vamos todos al altar.

(El Conde, que habrá tomado de la mano á su prima para salir, es detenido en la puerta de la derecha por Daniel, que en este momento aparece.)

DANIEL. Un momento.

CONDE. ¿Qué sucede?

DANIEL. Este pliego lo dirá.

En la próxima alquería
me lo vino há poco á dar
un breton viejo y honrado,
que á los blancos es leal;
está herido, y por fortuna,
hasta allí pudo llegar.
Es urgente, segun dijo.

CONDE. (Abriendo el pliego.)
(A Blanca.) ¡De tu padre! Es la real
contraseña que me obliga
á partir sin más tardar.
Vamos pronto al oratorio:
un instante nada más
que se pierda, á nuestra causa
pudiera perjudicar.

RENATO. (Con desesperacion creciente, siguiendo con la vista á Blanca.)
Y la esperanza
me arrebató,
despedazando
mi corazon!

RIGOB. (¡Pobre hijo mio!
Comprendo ahora,
cuál es la causa
de tu afliccion!)

CONDE. (Al coro.) Terminado el santo enlace,
brindareis por nuestra union.

CORO. (Hablado.) ¡Viva el Conde! (Todos, ménos Rigoberto y Renato, salen por la puerta del foro.)

RENATO. (Con desesperacion.)
Ya qué me resta,
muerto mi amor!

RIGOB. (Acercándose á su hijo y poniéndole la mano sobre el hombro.)
¡Te resta un padre!

¡Te resta Dios!...

CORO. (Fuera.) ¡Vivan los novios,
siempre felices!... etc.

Renato coge el fusil.—Rigoberto le señala la puerta del foro, y salen con lentitud. Renato volviendo la cabeza lloroso al sitio por donde desapareció Blanca.—Se oye el repique de las campanas de la capilla del castillo, que se mezcla con el canto del coro.

Baja el telon lentamente.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una alquería. Al foro puerta y grandes ventanas, cuyas luces permiten á su tiempo ver gran extension de terreno. A la derecha una alcoba, á la que se sube por cuatro ó cinco peldaños. A la izquierda, junto á una puerta pequeña, el hogar. Sobre la derecha del foro, un retablo pequeño con una Vírgen, alumbrada por un farolillo. Es de noche: oscuridad completa en el foro.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.

MÚSICA.

LUISA. Sin mi amor, sin mi hermano,
mi destino es llorar.
y mi duelo mitiga
la esperanza no más.
Bella, dulce esperanza,
regalo de mi Dios,
para bien de mis penas
no me abandones, no. (Dirígese hácia el retablo.)
Reina Santísima,
para ellos dos
pido favores
en mi oracion.

PLEGARIA.

Desde la silla fúlgida
en que domina hermosa,
espléndida y magnífica
tu régia majestad;
en cambio de mi súplica
ardiente y fervorosa,
y en pago de mis lágrimas
mitiga mi ansiedad.

Ay, si llamaras
á tí una vida,
deja las suyas
toma la mia.
¡Madre piadosa,
hazlo por mí;
si no he de verlos
quiero morir!]

HABLADO.

LUISA. ¿Cuándo veré á Marcelino?
¿Cuándo veré á Renato?

ESCENA II.

LUISA y RIGOBERTO.

RIGOB. ¡Luisa, Luisa!
LUISA. Mi padre.
RIGOB. Vengo lleno de gozo: ¿no adivinas la causa?
LUISA. ¿Porque vamos á ver á Renato?
RIGOB. Precisamente.
LUISA. ¿Cómo sabeis?...
RIGOB. Tu hermano ha hablado con Andrés el pastor, y le

ha dicho: «Si ves á mi padre, adviértele, que mi division acampará esta noche á media legua de la alquería, y que he de hacer todo lo posible por pasar algunas horas á su lado.»

LUISA. Dios lo quiera... si no corre ningun peligro.

RIGOB. Desde que recibí la confidencia, no sé qué me pasa. Yo mismo voy á prepararle cuarto y cama.

LUISA, ¿Pero tendrá tiempo de dormir?

RIGOB. Descansará, si no duerme. Tú cuídate de la cena.

LUISA. Nada echará de ménos. ¡Cuántos dias habrá tenido que ayunar por fuerza!

RIGOB. ¡Chist! ¡Calla!

LUISA. ¿Qué teneis?....

RIGOB. Alguien se acerca. ¿Será él?

LUISA. ¿Tan pronto? No es posible.

RIGOB. Desgraciadamente. Es Daniel.

LUISA. ¿A qué vendrá? (Con disgusto.)

RIGOB. Silencio delante de ese hombre.

ESCENA III.

Dichos y DANIEL.

DANIEL. Santas y buenas noches.

RIGOB. Así Dios nos las conceda.

DANIEL. ¿Cómo vá, Luisa?

LUISA. Ya lo veis. (Extendiendo un mantel sobre la mesa.)

DANIEL. Siempre trabajando.

LUISA. Es la ocupacion del pobre.

DANIEL. Pues la vuestra ahora es agradable.

LUISA. Sobre todo, necesaria.

RIGOB. Siéntate á la lumbre, y si despues de haber entrado en calor te reclama algun negocio urgente, no me ofenderé por que te marches.

DANIEL. Nada tengo que hacer, por desgracia.

LUISA. ¿Y vuestro comercio?

DANIEL. Mi comercio está reñido con los tiros.

LUISA. ¿De suerte que se trabaja poco?

DANIEL. Eso va en dias. Hoy, por ejemplo, no me ha ido mal: he ganado cuatro francos.

LUISA. Y en qué, si no es curiosidad.

DANIEL. En extender un millar de boletas de alojamientos.

RIGOB. (¡Dios mio!)

LUISA. ¿Para qué?

DANIEL. Dicen que va á llegar un destacamento de azules, y...

RIGOB. Acaba de una vez: ¿entre qué vecinos se van á repartir esas boletas?

DANIEL. A vos os tocan tres soldados, ó un oficial.

LUISA. (A su padre.) (¡Y Renato que va á venir!)

RIGOB. (¡Calla!)

DANIEL. ¡Ah! Me olvidaba deciros, que esta mañana he estado hablando con Andrés..., ese pastor conocido vuestro...

LUISA. (¿Si le habrá dicho?...) (A su padre.)

RIGOB. (Este infame sabe alguna cosa, y es quien me envia los alojados. ¡Vive Dios, que si así fuera!... (Empuñando su cuchillo.)

LUISA. (¡Padre mio, deteneos!)

RIGOB. ¿A qué más secreto? ¡Qué me denuncie si quiere!

DANIEL. ¿De qué delito?... Ni os hacen faltan delatores. ¿Pues qué, nada dicen esa mesa, y ese mantel blanco, más que los copos de la nieve? Apuesto el dinero que he ganado con las boletas, á que no soy yo la persona á quien estais esperando. (Con intencion.)

LUISA. (¡Lo sabe todo!)

DANIEL. Por mí no os inquieteis; yo soy la reserva andando; y... nada, nada..., como si en cien años no hubiéramos terciado la conversacion. Voy á tomar mis avíos, y á otra parte con la música.

(Se levanta, se dirige á tomar el cajon de sus baratijas, y se muestra ageno al siguiente diálogo, aparte, entre Luisa y Rigoberto: diálogo misterioso y sumamente animado.)

RIGOB. Este hombre va á salir, y puede peligrar la vida de tu hermano.

LUISA. (Concibiendo una idea.) Renato debe pasar por la encrucijada de las Rocas.

RIGOB. ¿Qué piensas?

LUISA. Ir allá, é impedirle que venga.

RIGOB. ¿Y los riesgos á que te expones?

LUISA. (Con energía.) ¿Y la vida de mi hermano?

RIGOB. Yo iré en tu lugar.

LUISA. (Deteniendo á su padre.) Entretened á ese infame. ¡Confío en Dios, y nada temo! (Váse precipitadamente.)

ESCENA IV.

RIBOBERTO y DANIEL.

DANIEL. ¡Pobre Luisa! ¡Pobre Rigoberto!
Buenas noches. (Va á marcharse.)

RIGOB. Quedáos. (Imperativamente.)
DANIEL. ¡Qué entonacion!
¿Qué es ello?
RIGOB. Señor Daniel,
ahogándome está la hiel,
que amarga mi corazon.
Y de verdades avara,
va á arrancar la mano mia,
el velo de hipocresía (Amenazador.)
en que os envolveis la cara.
DANIEL. ¿Qué decís?
RIGOB. No habeis de iros:
sé vuestro infame proyecto.
DANIEL. Hace falta mucho afecto,
para callar, tras de oiros.
No despecho, compasion

da vuestra palabra dura:
suele buscar la amargura
consuelo en la sinrazon.
Yo en horas ménos serenas,
votos dije y maldiciones,
y por nuestras sinrazones
se coligen las agenas.
¡Sé la pena que teneis!
Si en olvidaros del cielo,
si en insultarme hay consuelo,
insultad cuanto gusteis.
No vuestra amargura loca
podrá manchar la honra mia,
porque no es la cobardía
la que me sella la boca.

RIGOB. ¡Injusto fuí!

DANIEL. ¡Sí, por Dios!

RIGOB. ¡Valle de llanto es la tierra! (Ligera pausa.)

DANIEL. ¿Teneis un hijo en la guerra?

RIGOB. Es verdad.

DANIEL. Yo tuve dos.
Tuve, digo. (Con dolor.)

RIGOB. ¡Pobre padre!

DANIEL. Dos hijos... ¡Dios de Israel!
¡más honrados que Daniel!
¡Salieron mucho á su madre!
Uno, ardiendo en ese amor
que á la *Vendée* nadie arranca,
siguió la bandera blanca;
el otro la tricolor:
y en esos sangrientos llanos
hallaron muerte inclemente;
tal vez, recíprocamente
se mataron los hermanos.
Por encontradas ideas,
cortas mil vidas y mil...

¡Infame guerra civil,
maldita, maldita seas!

RIGOB. ¡Es verdad!

DANIEL. Por eso yo
de un bando voy á otro bando,
donde hacer un bien buscando;
para ser espía, no.
Da la caridad placer,
y bálsamo vierte aquí. (En el corazon.)
¡Si todos fueran así!...

RIGOB. ¡Eso deberia ser!
Y al ver que en las mismas fosas
juntos, sin vida, cayeron,
los que de niños corrieron
tras las mismas mariposas;
los que en amistad unidos,
allá en la edad inocente,
iban á la misma fuente;
cogian los mismos nidos;
los que en la aldea tranquila
vieron la luz como hermanos;
á quienes hizo cristianos
agua de la misma pila,
con los alientos mejores,
y en defensa del país,
sin mirar la flor de lís,
ni mirar los tres colores,
poniendo paz de mil modos,
debieran con arrogancia
solo exclamar: ¡Viva Francia,
que esa es la madre de todos:
y quien atente á su vida,
alli dará estrecha cuenta: (Señalando el cielo.)
que el que á su madre ensangrienta,
es infame parricida!

DANIEL. Lucha inhumana y fatal,

que el pecho rasga en pedazos.

RIGOB. Perdona, y dame los brazos! (Se abrazan.)

DANIEL. Suponerme desleal!
Y con quién? Con Rigoberto:
con el corazon honrado,
que, solícito, á un soldado,
que aquí llegó medio muerto
cierta noche, dió la vida...
El soldado aquel...

RIGOB. Acaba.

DANIEL. Era mi hijo, que adoraba
vuestra mano bendecida!
El pobre murió! Ya veis,
si esa mano le curó,
¿qué ménos puedo hacer yo,
que dejar que me insulteis?

RIGOB. Avergonzándome estás.

DANIEL. Yo lo llevaré por Dios.
Pues por quién, sino por vos
tuve un hijo un año más?
En el alma agradecida,
os alcé un altar oculto;
poco es sufrir un insulto;
tomad si quereis mi vida!
En esta alquería, en esta,
al moribundo curásteis:
la vida que prolongásteis,
bien vale la que me resta;
pero no, no la tomeis:
la existencia he de guardar,
para emplearla en velar
por el hijo que teneis.
Oh, sí, en gratitud deshecho,
seré lince vigilante,
y muro que se levante,
para defender su pecho:

de su huella siempre en pos...
Oís rumores lejanos?..
Dejad que os bese las manos.
Gente llega .. Adios, adios. (Váse.)

MÚSICA MILITAR Y CORO. FUERA.

Soldado de la pátria,
en aras del deber,
la libertad defiendo:
por ella moriré.

ESCENA V.

RIGOBERTO. (Escuchando.)

HABLADO.

Fuerza armada. (El siguiente monólogo, distribuido convenientemente miéntras fuera suena el coro, y hasta dar lugar á la aparicion de Marcelino.) Sin duda, el destacamento de azules á que se refirió Daniel... (Quita el mantel, los cubiertos, etc.,) Si no oyera más que la voz de mi cólera!.. Tarda Luisa!.. ¿Si habrá llegado á tiempo?. Qué incertidumbre tan horrible!

ESCENA VI.

RIGOBERTO y MARCELINO.

(Marcelino dice las primeras frases, como hablando con los de fuera.)

MARCEL. Adios, adios, que hace frio...
Y á ver si tus mañas dejas,
no vengan despues con quejas
las mozas del caserío.
Vosotros, id al calor
de la lumbre á echar un sueño.
(Bajando al proscenio.)

Buenas noches. ¿Sois el dueño
de la quinta?

RIGOB. Sí, señor.

MARCEL. Ved mi boleta. (La enseña.)

RIGOB. Lo siento.

MARCEL. ¿Por qué lo sentís?

RIGOB. (Reprimiéndose.) Ya veis...
Somos pobres, y tendreis
incómodo alojamiento.
Siendo oficial, no creí
que en tan mísera morada...

MARCEL. (Viviendo en ella mi amada,
un palacio es para mí.)
Poco os obligan á dar.

RIGOB. (Aun ese poco me pesa.)

MARCEL. Una cama, luz y mesa...
y un asiento en el hogar... (Pausa.)

RIGOB. No hay más cama que ese banco.
(Con pena fingida.)

MARCEL. No es muy blanda, por mi vida.

RIGOB. (Guardo la cama mullida
para el uniforme blanco.)
Agua y queso. Como están
los tiempos malos...
(Colocando sobre la mesa una jarra con agua, un pedazo de queso, y otro de pan.)

MARCEL. ¡Qué invierno!

RIGOB. El queso no está muy tierno.

MARCEL. Pero en cambio es duro el pan.
(Dando con él golpecitos en la mesa.)

RIGOB. Las mieses la guerra agota,
y los viñedos desgaja.

MARCEL. ¿No hay más pan?

RIGOB. Ni una migaja.

MARCEL. ¿Tendreis vino?

RIGOB. Ni una gota.
Lo siento...

MARCEL. Yo no me apuro.
RIGOB. Y aquí mal sueño os presagio.
MARCEL. Verdadero es el adagio:
á buen hambre no hay pan duro.
¡Bah! Cenemos... (Empieza á comer.)
RIGOB. (No se irá.) (Con ira.)
MARCEL. Bien con el queso me bato.
RIGOB. (¿Qué será de mi Renato?)
MARCEL. (Y Luisa, dónde estará?
Mal su padre me trató;
pero sospecho, á fé mia,
que peor me trataria,
si supiera quien soy yo.)
RIGOB. Hambre traeis!
MARCEL. Mucha. Digo!
Anduve ocho leguas largas
soportando las descargas
parciales del enemigo!
RIGOB. No fué jornada pequeña.
Se baten bien? (Con alegría.)
MARCEL. Con teson,
eso sí. Y hay un breton
escondido en cada peña!
RIGOB. ¿Escondido? (Muy ofendido.)
MARCEL. En esa falda
ví más de cien á mi paso.
RIGOB. Pero cuando llega el caso,
la peña queda á la espalda. (Con fiereza.)
MARCEL. Yo he recorrido esas breñas
de dia...
RIGOB. Y qué, vive Cristo!
MARCEL. Que de balazos he visto
acribilladas las peñas.
RIGOB. Sí, pero... ¡voto á mi nombre!
poco el plomo se señala!
Llega á la roca la bala,

cuando ha traspasado á un hombre.
Pecho que breton nació,
será en la lucha reñida,
coraza de agena vida;
pero de la propia, no.
Así, á pecho descubierto,
morimos hechos pedazos:
sumad por esos balazos
los bretones que habrán muerto.

MARCEL. Sois bravos los de esta tierra,
y duros como los bronces,
y honrados á más.

RIGOB. Entónces,
por qué nos haceis la guerra?

MARCEL. Yo cumpliendo con mi honor,
no por placer sanguinario...

RIGOB. Decidme, sois voluntario
de la patria?

MARCEL. No señor.
El servir me cupo en suerte,
y sirvo. (Rigoberto le escucha con interés.)

RIGOB. Cómo ha de ser!

MARCEL. Ódio el infame deber
de tener que dar la muerte,
á quien vió la luz del dia
donde yo... ¡Cruel costumbre!

RIGOB. Acercaos á la lumbre,
que está la noche muy fria! (Con cierto cariño.)

MARCEL. No puedo verlo con calma!
Y luego como al marchar
dejé solo en el hogar
aquel pedazo del alma...
paso la vida... os lo juro,
en desasosiego eterno.

RIGOB. Tomad este pan más tierno...
el que ántes os di está duro.

(Cada vez más cariñoso, sin darse cuenta de ello. Saca de la ala cena cuanto va diciendo.)

MERCELA. Sin hacer más que rezar,
y llorando ausencias mias,
pasará noches y dias
junto á la cruz del lugar.
Me enternezco, y no es extraño,
pues sus penas adivino...

RIGOB. Bebed un vaso de vino,
que el agua os puede hacer daño.
Sí; bebedlo.

MARCEL. Como os cuadre.

RIGOB. Y quién rezará por vos;
¿la madre?...

MARCEL. ¡Pluguiera á Dios!

RIGOB. ¿Quién?

MARCEL. Mi pobrecito padre.

(Rigoberto se impresiona hasta el punto de caer sentado en silla, y llorar apoyada la cabeza en las dos manos.)

¡Cuál será su padecer!
Es preciso conocerlo...
Si vos no podeis saberlo...

RIGOB. ¿Que no lo puedo saber? (Levantádose.)
(Con la mayor afliccion.)
Sé, que con paciencia santa,
para buscarse alegrías,
besará todos los dias
el suelo que holló esa planta;
el lecho que os adurmió;
la mesa donde comíais;
los libros en que leiais;
el pañuelo que os sirvió;
y sé, que llorando agravios,
de quien le robó el consuelo,
ántes irán al pañuelo
las lágrimas que los lábios.
Sé, que regando la tierra

con su llanto, dirá impío:
por qué, estando el hijo mio,
¿no van todos á la guerra?
Porque en estas ocasiones,
y Dios no me lo demande,
el cariño, si es muy grande,
engendra malas pasiones.
Escuchándome, vereis,
que aprecio penas agenas.
¿Qué no sé de aquellas penas?
¡Vos sí que no lo sabeis!
Murió mi hermano, y mi madre
dijo en él los ojos fijos:
«cien dolores de cien hijos,
no forman uno de padre!«
¡Si es tan grande nuestro amor!
¡Soy cristiano, y juraria,
que en el Gólgota, María,
sufrió más que el Redentor! (En una silla junto á la puerta, cae abatido enjugándose una lágrima.)

MARCEL. (Cáusame rubor y enojos,
que pueda ver mi quebranto;
pero, á mi pesar, el llanto,
anubla tambien mis ojos.) (Se dirige á la lumbre, y se sienta de espaldas á Rigoberto.)

RIGOB. (Prestando atencion.) ¿Me engañará mi deseo? (Levantándose. ¡No: es Luisa! ¡Gracias á Dios! (Ya en la puerta, impone silencio á Luisa. A poco de entrar ésta, se apercibe Renato, y dándolo á comprender, por su deseo de hablarla, sólo se contiene por la presencia de Rigoberto.)

ESCENA VII.

Dichos y LUISA.

RIGOB. ¿Y Renato?
LUISA. ¿Qué sucede?

RIGOB. En tu ausencia ha venido ese oficial. ¿Viste por fin á tu hermano?

LUISA. Hace un momento que nos hemos separado.

RIGOB. ¿Dónde está?

LUISA. Junto á la ermita, oculto entre el ramaje que envuelve el muro. ¿A dónde vais?

RIGOB. A verle.

LUISA. Es imposible. Yo apénas he podido hablar con él dos palabras: me dijo, que regresara á la alquería, que él, ántes de un cuarto de hora, vendria á daros un abrazo.

RIGOB. ¿Estaba solo?

LUISA. Cuando me aparté de su lado, salió al encuentro de un hombre, que me pareció Daniel.

RIGOB. Acaba de servir la cena al alojado, para que se vaya á descansar al momento.

LUIS. ¿Qué vais hacer?

RIGOB. Ya lo sabrás. (Vase.)

ESCENA VIII.

MARCELINO y LUISA.

LUISA. ¡Servir á un enemigo á quien se aborrece!...

MARCEL. Ya está sola. (Viniendo al encuentro de Luisa.)

MÚSICA.

LUISA. (Sorprendida.) ¡Ah, Marcelino!

MARCEL. ¡Luz de mi amor!

LUISA. ¡Gracias, Dios mio!

MARCEL. ¡Fúlgido sol!

LUISA. (Imponiéndole silencio.) Mucho cuidado:
baja la voz,
que si nos oyen...

MARCEL. Tienes razon.

(A media voz.) ¡En tí no más, pensando,
mis penas olvidé!

LUISA. Por tí no más, rezando,
mis preces elevé.

MARCEL. Tal vez, la cruda guerra
muy pronto acabará.

LUISA. Si no la dura tierra.
mi llanto regará.

MARCEL. ¡Mi Luisa, yo te adoro!

LUISA. ¡Te adoro, dulce amor!

MARCEL. ¡Mi encanto, mi tesoro!

LUISA. ¡Mi vida!

MARCEL. ¡Mi ilusion!

A DUO.

Por tí mi afan suspira
con ciego frenesí;
no miento, pues me mira
la Vírgen desde allí.
Su imágen protectora
mi amor bendecirá,
y el alma que te adora,
jamás te olvidará.

MARCEL. Por la gloria de mi madre,
que llamó el Señor á sí;
por la vida de mi padre,
á quien honra y sér debí,
yo te juro, que te quiero,
que te quise y te querré,
y que sólo, si yo muero,
de adorarte dejaré!

Mi juramento
no olvidaré.

LUISA. Que nos oigan,
mi dulce bien.

MARCEL. ¡Mi Luisa, yo te adoro! etc., etc.

HABLADO.

Sin olvidarte un momento,
ansioso mi corazon
de encontrar esta ocasion,
elegí este alojamiento.

LUISA. ¡No haberte reconocido!...
Nunca ví torpeza igual;
pero, tu ascenso á oficial,
como yo no lo he sabido...

MARCEL. Sí... cuando ménos se piensa...
en la guerra no es extraño:
aquel que causa más daño,
obtiene más recompensa.
Me bato, sin que rehuya
el peligro...

LUISA. Te comprendo.

MARCEL. Pero mi vida defiendo,
porque defiendo la tuya.

LUISA. Dices bien: cómo podria
vivir... imposible fuera:
la bala que á tí te hiriera,
á mí tambien me heriria,
No verte, sino, Dios sabe,
cómo y cuándo!...

MARCEL. Siempre inquieto...

LUISA. Nuestro amor es un secreto,
hasta que la guerra acabe.
¡Guerra, que mis planes trunca,
porque los ódios concita:

que concluir necesita,
y que no concluye nunca!

(Transicion.) Pero mi amor, en rigor,
con ligereza notoria,
es muy falto de memoria,
para lo que no es amor.

MARCEL. Que algo me calla, confiesa
tu amor, y en verdad, no atino...

LUISA, Lo presente, Marcelino,
que es lo que más me interesa.
Mi padre... Renato...

MARCEL. Acaba.

LUISA. Quieren verse.

MARCEL. ¿Aquí? (Signo afirmativo de Luisa.)
¡Por Dios!...
¿No hay franqueza entre los dos?
Esto solo me faltaba.
¿Cuando es amor la divisa,
por qué recelosa estás?
Aquí no hay más, nada más,
que Marcelino y Luisa.
Casi ofende tu temor,

LUISA. El deber...

MARCEL. Eso no excluye...
porque para mí concluye,
donde comienza mi amor,

LUISA. Todo se puede arreglar
haciendo que no oyes nada;
allí tienes preparada (Indicando la alcoba de la derecha.)
cama donde descansar.

MARCEL. Dormiré como un bendito,
miéntras el clarin no avisa:
despues de todo, Luisa,
bastante lo necesito.
Que por mí no se detenga;
que apresure su venida...

aunque me cueste la vida,
díle á Renato que venga.

LUISA. Naciste bretón, no en vano:
de quererte me envanezco!
No sabes cuánto agradezco...
Deja que bese tu mano.
Este beso, sin rubor,
más que de amante es de hermana;
la gratitud no profana
la pureza de mi amor. (Le besa la mano.)

ESCENA IX.

LUISA.

¡Gratitud y amor!... todo es poco para recompensar el bien que nos hace Marcelino.

ESCENA X.

LUISA y RIGOBERTO.

RIGOB. (Entrando con cautela.) ¿Y el alojado?

LUISA. Está durmiendo.

RIGOB. Para evitar una sorpresa he estado al acecho por estos alrededores. Tu hermano llega en estos momentos al arco del molino, y ántes de salir á recibirle he querido ver...

LUISA. Que venga sin temor. El alojado se ha bebido media botella más de lo que necesitaba, y duerme profundamente.

RIGOB. Bueno será advertir á Renato...

LUISA. De nada, no veis que si no podria haber un conflicto, ó por evitar nuestras inquietudes, apresuraria su marcha.

RIGOB. Es verdad.

LUISA. Del alojado yo respondo, y os aseguro, que miéntras no se llame á esa puerta, aunque oiga una descarga no se levantará: viene muy cansado, y así lo hemos convenido.

RIGOB. Despues de todo... (Llevando la mano al cuchillo.) Pero no perdamos un instante... Ven... Es inútil... Ya está aquí.

RENATO. (Apareciendo.) ¡Padre mio!

RIGOB. ¡Hijo del alma! (Se abrazan: luego Renato á Luisa.)

ESCENA XI.

MÚSICA.

RIGOB. ¡Gozo aquí al verte
de un bien supremo!
¡Venga la muerte,
ya no la temo!...

RENATO. ¡Padre del alma!
Hermana mia!

LUISA. Volvió la calma
que yo queria.

RIGOB. En tu rostro aparecen
injurias del sol.

RENATO. Pero aquí resplandecen
destellos de honor. (Enseñando una cruz que trae en el pecho.)

LUISA. Una cruz en tu pecho!

RIGOB. ¡Bendigala Dios! (Se descubre ante la cruz.)

Yo con fe la saludo,
que, al saludarla,
reverencio las glorias
de la Bretaña!
Signo de amor bendito,
signo cristiano,

tu guardaras la vida
de mi Renato

RENATO.

Yo con fe la sustento,
que al sustentarla,
reverencio las glorias
de la Bretaña!
Este signo bendito,
signo cristiano,
protegerá la vida
de tu Renato.

LUISA.

Yo con fe la saludo,
que al saludarla,
reverencio las glorias
de la Bretaña!
Ese signo bendito,
signo cristiano,
protegerá la vida
de mi Renato.

(Terminado el andante, Rigoberto, abatido, déjase caer en un sillon y llora.)

RENATO. ¿Llorais, padre mio?
RIGOB. De gozo no más.
(¡No es cierto, que lloro,
llegando á pensar,
que aquí he de tenerle
un hora no más!)
¿Por qué habrás venido
si te has de marchar?
RENATO. No lloreis, no lloreis,
que libre por siempre
aqui he de volver

Cargado de laureles,
de glorias y de honor,
vendré por tus caricias,
al fuego de tu amor.
Benigna la fortuna,
la vida me dará,
pues Dios querrá que vele
tu santa ancianidad.

RIGOB. Sí, que tu muerte
fuera la mia:

tú eres mi sangre;
tú eres mi vida.
Vive Renato,
porque sinó,
cuando tu mueras.
me muero yo.

RIGOBERTO.

Cargado de laureles,
de glorias y de honor,
vendrá por mis caricias
al fuego de mi amor.
Benigna la fortuna
la vida le dará,
pues Dios querrá que vele
su santa ancianidad.

LUISA.

Cargado de laureles,
de glorias y de honor,
vendrá por mis caricias
al fuego de mi amor.
Benigna la fortuna
la vida le dará,
pues Dios querrá que vele
mi santa ancianidad.
(Mirando á su padre.)

HABLADO.

RIGOB. Vamos, hijo, ven y dí...
Antes siéntate á mi lado. (Acercando un sillon.)

RENATO. Siempre lo habeis ocupado.

RIGOB. Pues hoy te lo cedo á tí.
¿Qué tal te fué?

RENATO. Así, tal cual.

LUISA. ¿La vida es mala?

RENATO. No.

RIGOB. Ven. (Con amor.)

LUISA. ¡No le habrán cuidado bien!

RIGOB. ¡Y habrá dormido tan mal!

LUISA. La inquietud, el descontento,
las no interrumpidas marchas,
los hielos y las escarchas,
la vida del campamento...

RIGOB. ¡Calla!

LUISA. Sin poder cuidarle...
Tal vez desnudos los piés...
RIGOB. Pero cállate; ¿no ves
que estoy hambriento de hablarle?
LUISA. Quiero ver si de algun modo...
RIGOB. Tú pretension será vana.
RENATO. Vamos. (Calmando la impaciencia de su padre.)
RIGOB. ¿No ves que tu hermana
se lo quiere decir todo?
Déjala, y ven aquí ahora...
Por más que hable no se empacha.
Sigue igual. Buena muchacha;
¡pero lo más habladora!
LUISA. ¡Y los lábios no despego!
Él sí que... Ya habrás notado, (A Renato.)
que habla por adelantado,
por si hubiese atrasos luego.
Claro, como no venias...
RENATO. No podia hablarme...
LUISA. No.
RIGOB. ¿Que no le hablaba? Si yo
le hablaba todos los dias.
En hablando para mí
muy bajito... yo pensaba
que con mi Renato hablaba:
¿no ves que le llevo aquí? (En el corazon.)
Tú debias escucharlo.
RENATO. Quien bien ama no está ausente.
RIGOB. ¿Te han herido?
RENATO. Levemente.
RIGOB. ¡Fortuna fué el ignorarlo!
¡Oh, mucha fortuna, sí!
ella es causa de mi vida!
RENATO. ¿Y por qué?
RIGOB. Porque tu herida
hubiérame muerto á mi.

Mata al jóven una bala
despedida de un cartucho,
y al viejo, si quiere mucho,
cualquiera noticia mala.
De vivir sin tí, no hay modo...
De tí recibo aire y luz!...
Dime, ¿y tu herida?..

RENATO. Esta cruz
la cicatrizó del todo.
Siento orgullo al verme herido.

RIGOB. Vamos á otra cosa ahora.

RENATO. ¿Qué quereis?

RIGOB. ¿Y la señora.
y su padre, y su marido?

RENATO. Allí se encuentran los dos, (En el cielo.)
pues con entusiasmo santo
murieron!

RIGOB. Bajo su manto
los habrá amparado Dios!

LUISA. ¿Y ella? ella?

RENATO. Hermana mia,
hasta aquí la he acompañado.

LUISA. Y dónde se ha refugiado.

RENATO. Está oculta en la abadía.

(Rigoberto y Luisa se levantan: despues Renato.)

¿Os marchais? ¿A qué salís?
Oid: vengo entre el misterio
á sacar del presbiterio

(Involuntariamente, pero sin que Renato lo advierta, Rigoberto mira al sitio donde duerme Marcelino.)

la bandera de San Luis,
sagrado signo de gloria,
que, amparo de los bretones,
lleva en sus ondulaciones
escondida la victoria;
y como mañana...

RIGOB. (Viva é inquietamente.) Qué?

¿Hay combate?

RENATO. Padre mio,
no hay combate: yo os lo fio

RIGOB. Me engañas. (Lo indagaré.)
No irás tú por la bandera:
la abadía está cercada
de azules.

RENATO. Ya está encargada
la comision.

RIGOB. Y Dios quiera...

LUISA. Yo iré si hay peligro.

RIGOB. (La detiene.) No:
tu sitio es este.

RENATO. (Al ver que su padre detiene á Luisa.) Bien hecho.
Queda...

LUISA. ¿Pues cuándo mi pecho
del peligro se asustó?

RIGOB. Solo de aquí yo saldré
á cumplir deber sagrado.
La cena... (A Luisa, indicando á Renato.)

LUISA. Ya habia pensado...

RENATO. Padre.

RIGOB. (Procurando calmarlo.) Pronto volveré.
(Vánse Rigoberto y Luisa, cada uno por diferente lado.)

ESCENA XII.

RENATO.

¡Pobre padre! He debido ocultarle que nos batimos mañana. La noticia de mi muerte seria causa de la suya. Si me sucede alguna desgracia... debo evitar... (Recapacita un momento.) ¡Sí! No vacilo: aquí hay recado de escribir. (Se sienta y escribe.) «Padre mio: la bendita cruz, santa reliquia que pusísteis en mi pecho, me ha sacado con bien del combate de ayer...

(Hablado.) No... si yo cayese herido,... (Sigue escribiendo.) El general me manda partir á Inglaterra con pliegos de importancia, y tardaré un mes en regresar. No extrañeis mi silencio durante ese tiempo. Vuestro... (Firma y cierra la carta.) Renato.» Yo tomaré mis precauciones, para que esta carta llegue á poder de mi padre un dia despues de la batalla... Si muero... con la esperanza vivirá...

(Interrumpe la frase el canto de Marcelino, soñando.)

¡Luisa querida,
oye mi voz:
tuya es mi vida,
tuyo mi amor!

ESCENA XIII.

RENATO, y á poco LUISA.

¿Qué es eso?... (Escucha.) ¿Frases de amor?...
¡La incertidumbre me abrasa!...
Sepamos quien en mi casa
se oculta...

LUISA. (Apareciendo.) (Piedad, Señor!)

RENATO. Si es traidor, que al cielo llame;
muerte le daré inclemente,
si es un espía. (Vá á subir.)

LUISA. (Corriendo á detener á su hermano, y cayendo de rodillas.)
¡Detente!

RENATO. (Con la mayor sorpresa.)
¿Tú, y de rodillas? ¡Infame!
Comprendo...

LUISA. ¡Mi angustia mira!...

RENATO. ¡En el misterio el traidor
viene á robar el honor
de nuestro nombre!...

LUISA. (Llena de indignacion: se levanta.) ¡Mentira! (Señalando á la Vírgen.)
Ella sabe que soy buena.
Mírame y...

RENATO. ¿Qué has de decir?

LUISA. Dí, si se puede mentir
con la cara tan serena.

RENATO. ¡Oh, me engañas!

LUISA. El que miente
baja los ojos temblando,
y yo... mira... estoy mirando
á la Vírgen frente á frente.

RENATO. Yo sabré...

LUISA. Que no te engaño:
no has de subir...

RENATO. ¡Quita!

LUISA. Espera: (Se interpone.)
con mi cuerpo á la escalera
añadirás un peldaño.

RENATO. ¡Oh, Dios! mi furor perdona.
Que puedes morir advierte...
Mira Luisa...

LUISA. ¿Qué es la muerte.
para la mujer bretona?
¡Hiere! ¡Sagrado es mi amor!
Sabes quién soy...

RENATO. No concibo...

LUISA. ¿Y has dudado? Cuando vivo,
señal de que tengo honor!

RENATO. No el pecho me martirices.

LUISA. El paso te vedaré.

RENATO. Si honrado es tu amor, por qué...

LUISA. Porque es un azul.

RENATO. ¿Qué dices?
¡Traidora! Crece mi saña.

LUISA. ¿Traidora yo?

RENATO. ¿Por qué lloras?
LUISA. Porque has llamado traidoras
á las hijas de Bretaña.
Puede ser que el valle ameno (Casi fuera de sí.)
suba del monte á la cumbre;
puede ser que el sol no alumbre
en el dia más sereno;
la arena poder contar,
ó los astros del vacío;
puede ser que, torpe el rio,
no sepa correr al mar;
que sin luz se pueda ver
esa infamia que pregonas;
¿mas traicion en las bretonas?... (Con energía varonil.)
¡Mentira, no puede ser!
RENATO. El amarle es la traicion:
nunca le debiste amar.
LUISA. ¿Qué poder logró encanzar
las fuentes del corazon?
Brota en el pecho la llama,
por más que se le custodia:
vano es que le digas, odia;
necio que le digas, ama.
A su impulso vive ó muere;
yo se lo mando y ya ves.....
oye el mandato, y despues
se escapa por donde quiere.
De amor tengo el alma henchida,
y pues no falto á mi honor,
para acabar con mi amor,
has de acabar con mi vida.
RENATO. ¡Con la suya!.. (La aparta.)
LUISA. ¡Marcelino!... (Fuera de sí corre á llamar á la puerta. Renato la detiene con violencia.)
¡Que está durmiendo... Detente!
RENATO. Le mataré frente á frente,

que no he nacido asesino!

MÚSICA.

(Al subir los primeros peldaños que conducen á la alcoba en que dormia Marcelino, éste aparece.)

RENATO. Venid.
MARCEL. ¿Que es esto?
RENATO. Reñid. (Sacando la espada.)

ESCENA XIV.

Dichos y MARCELINO.

LUISA. ¡Por Dios!
RENATO. La muerte voy á darte!
LUISA. No temo tu furor!
Como tu amor á Blanca,
es puro nuestro amor,
y luce la honra mia,
tan limpia como el sol.
Por si lo dudas,
lo juro á Dios!

ESCENA XV.

Dichos, y un grupo de soldados que precede á BLANCA, á quien trae de la mano RIGOBERTO.

SOLDADOS. Ya cunde la alarma,
señor oficial...
¡Un blanco!... ¡Apuntemos,
y fuego!...
LUISA. ¡No!
MARCEL. ¡Atrás!
RIGOB. (Interponiéndose entre los fusiles y el pecho de su hijo.)
¡Sea coraza el pecho mio!

MARCEL. ¡La Marquesa!
BLANCA. (Con alegría.) ¡Marcelino!

(Se acerca á Marcelino.) Vida por vida:
salvé la tuya!
MARCEL. Yo, pecho honrado,
salvo la suya!
(A los soldados.) En bien de nuestra causa,
así se disfrazó;
mas sirve en nuestras filas,
y nunca fué traidor. (Tranquilízanse los soldados.)
(A Luisa.) Salvar pude á tu hermano.
(A los soldados.) ¡Partamos, pues! ¡Adios! (A Luisa. — Váse Marcelino seguido del grupo de soldados.)

ESCENA XVI.

Todos, ménos MARCELINO y los soldados.

RIGOB. ¡Es bravo y generoso:
al hijo me salvó!...
Permita Dios, que pueda
pagar tan noble accion!
TODOS. ¡Gracias mil veces,
gracias, Señor! (Se oyen fuera toques de clarines.

RENATO. Se apresta la batalla,
fuerza es partir,
y empuñar la bandera
de San Luis.
BLANCA. No salgas: la abadía
cercada ví
por las tropas azules.

ESCENA XVII.

Dichos y Daniel con la bandera. Aparecen vários aldeanos.

DANIEL. La bandera está aqui.
RENATO. Brilla esplendente,
signo de honor. (Radiante de alegría.)

LUISA. }
BLANCA. } ¡Por Dios, Renato,
RIGOB. } no salgas, no!

RENATO. ¿Y la honra mia?
RIGOB. Tiene razon. (Despues de hacer un esfuerzo.)
Antes que padre
seré breton.

(Empuña la bandera. Toque de clarines y un cañonazo.)

RIGOBERTO. Honor de la Bretaña,
al campo vé á lucir:
ó triunfa en la campaña,
ó vamos á morir.
La sangre de los fieles
vertida con valor,
dará nuevos laureles
al bravo vencedor.

CORO DE MUJERES. Honor tendrá Bretaña
y calma este país,
si tú, Vírgen María,
tienes piedad de mí.

RIGOBERTO. } Honor de la Bretaña,
RENATO. } al campo vé á lucir...
etc., etc.

(Este canto se une al de las mujeres, y á los acentos de los soldados y de la banda militar que suenan fuera.)

CORO DE SOLDADOS. (Fuera.)

La guerra á sangre y fuego,

debemos proseguir,
y muera la Bretaña,
pues se empeñó en morir!

(Durante los últimos momentos del canto, ha nacido el dia, y vése el fondo, en todos sus practicables, lleno de soldados. Cuadro de mucha animacion.)

DANIEL. No te detengas: parte (A Renato.)
al campo del honor.

RIGOB. ¡Adios, hijo del alma!

BLANCA. ¡Adios!

LUISA. ¡Adios!

DANIEL. ¡Adios!

(Váse Renato seguido de los pocos hombres que están en escena.)

ESCENA XVIII.

RIGOBERTO, DANIEL, BLANCA, LUISA y coro de aldeanas.

TODOS. (Postrándose delante de la imágen de la Vírgen.)
Vírgen purísima,
vé mi dolor,
y á mi Renato
dá proteccion.

(Suena fuera una descarga. Grito desgarrador por todos los que están en escena.)

(Luisa, al ver que su padre va á salir, reponiéndose de la sorpresa, que le ocasionó la descarga, detiene á su padre, le arranca el cuchillo de la correa de la cintura, y se dirige al foro.)

CORO DE SOLDADOS. (Fuera.)
La guerra á sangre y fuego
debemos proseguir,
y muera la Bretaña,
pues se empeñó en morir!

CUADRO.—CAE EL TELON.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sitio pintoresco de la Bretaña. A la izquierda la entrada de la alquería de Rigoberto. Al fondo una colina, en cuya falda se vé parte de una ermita, perdiéndose el resto en los bastidores de la derecha. Por detrás de la colina se divisan las torres de un castillo feudal.

Al levantarse el telon la escena presentará uno de los cuadros animados que ofrecen las bodas bretonas.

ESCENA I.

Aldeanos de ambos sexos formando grupos animados, en algunos de los cuales, bailan.

MÚSICA.

CORO GENERAL. Con sonrisas empiezan las bodas,
y con llantos acaban al fin:
aunque llore de aquí á algunos años,
hoy por hoy yo quisiera reir.
La tristeza que {siento / siente}
es envidia, no más,
al mirar que no {tengo / tiene}

quien { me / las } lleve al altar.
¡Ay que pena tan negra!
¡Ay que pena { me / les } dá!
Pero fuera pesares, (Transicion.)
y á bailar, á bailar!

(Todos bailan al compás de la música de la siguiente letra.)

Quita penas es el baile,
segun dieron en decir:
quite, pues, las penas mias,
que bastante ya sufrí.
Siga el baile sin reposo:
vayan... una, dos, y tres! (Tres golpes fuertes en el suelo dados con el pié.)
Que me quiten lo bailado,
cuando venga la vejez.

ALDEANAS. Una joya es el amante,
que nos quiere con pasion,
y más fina, si constante
nos entrega el corazon.
Cuando el pobre se ha rendido,
conjugando el verbo amar,
con la venda de Cupido
le llevamos al altar.

¡Ay! ¡cómo Luisa
supo lograr,
con Marcelino
matrimoniar!
Decid, muchachas,
con claridad:

¿Eso es envidia
ó caridad?

TODOS. ¡Ay qué pena tan negra!
¡ay qué pena { me / les } dá;
pero fuera pesares,
y á bailar, á bailar!

Quita penas es el baile, etc.

ESCENA II.

Dichos, y LUISA saliendo de la alquería.

LUISA. Así me gusta, que celebreis mi boda con el regocijo en el semblante, y la alegría en el corazon.

ALD. 1.º Este es el prológo, segun dice Mateo, que como sabes, escribe coplas regularcillas, y ha hecho unas para el natalicio de los cumpleaños de tu boba, que se celebrará esta noche.

LUISA. Hola, señor poeta, ¿cómo dicen esos versos?

ALD. 2.º Me los ha encerrado mi madre en la alacena, porque dice, que cuando los leo, doy muchos gritos, y me voy á volver loco.

ALD. 1.º (A Luisa.) Ves tú nuestra alegría, ¡pues no es nada para cuando venga el novio, Marcelino!

ALD. 2.º Por supuesto, que vendrá con el trage del país. Nosotros, transijimos con todo ménos con el uniforme azul. Empleando mi autoridad de pariente, se lo he mandado á decir en una cartita.

LUISA. El es breton, bueno... como el que más.

ALD. 2.º Pues por eso...

LUISA. Y fué á la guerra...

ALD. 1.º Por fuerza, ya lo sabemos; pues por eso aquí no ten-

drá más que amigos.... ¡qué diantre! lo pasado, pasado...

LUISA. Gracias, Alberto.

ALD. 1.º Y pelillos á la mar.

ESCENA III.

Dichos y DANIEL.

DANIEL. Plaza al buhonero. (Apareciendo en la colina.)

VARIOS. Plaza á Daniel.

DANIEL. Vengo más hueco que un pavo. Hoy el género que me acompaña es de primera calidad.

ALG ALD ¡A ver! A ver. (Acercándose.)

DANIEL. Blondas de seda... arracadas de perlas; pero de perlas finas.

ALD. 1.ª Déjame que las vea.

DANIEL. No, que te vas á ensuciar las manos. Ricas telas de Escocia.

ALD. 2.ª ¿Valen mucho?

DANIEL. Están pagadas: lo cual quiere decir, que están vendidas, ó lo que es lo mismo, que tienen dueño.... mejor dicho: dueña. (Mirando á Luisa.)

LUISA. ¿Porqué me mirais?

DANIEL. (Despues de ligera pausa.) Porque todo esto es vuertro.

LUISA. (Con espontánea alegría.) ¡Mio!

DANIEL. Es el regalo de boda...

LUISA. ¿De mí madrina?

DANIEL. Precisamente: yo he querido ser el portador, y mandó que me lo entregaran en el castillo, de donde vengo. Pero todo esto no es más que la vanguardia; el grueso del ejército llegará á la noche.

LUISA. ¿Y mi madrina vá á venir?

DANIEL. No, porque ya ha venido: en este momento baja de su carruaje, y no tardará en llegar... vedla.

ESCENA IV.

Dichos y Blanca.

Luisa. (Corriendo al encuentro de Blanca.) ¡Madrina! (Blanca abraza á Luisa.)

Daniel. La señora Marquesa... (Todos se descubren.)

Blanca. (Indicando que se cubran.) Vengo á presenciar, no á interrumpir, vuestra alegría.

Luisa. ¡Padre! ¡Padre!

Blanca. ¿A qué le molestas?

Luisa. Cuando os ve se pone muy contento. Además, quiero enseñarle estos regalos, que son demasiado buenos para una aldeana.

Blanca. Son para la esposa de un capitan.

Daniel. Envaneceos un poco.

Luisa. Oh, sí, no por la posicion; por la persona.

Blanca. Daniel, vos que todo lo sabeis, ¿en qué estado se encuentran los asuntos de este hermoso país, que tan gratos recuerdos despierta en mi memoria?

Daniel. No van mal: se dice que ántes de veinte dias estará pacificada la *Vendée*, escepto este canton, que aun no quiere someterse.

Blanca. ¡Que bravura! ¡Qué indomable valor!

Daniel. Por aquí no cesa el fuego, y en cuanto aparece un destacamento de azules... veis aquella campana?... (Una que hay en la parte alta de la alquería de Rigoberto.) así que suena, nuestros campesinos se alzan en somaten, y exterminan á sus contrarios.

Luisa. Su sonido anuncia nuevas víctimas... nueva sangre humana que salpica esas peñas.

Blanca. ¡Cuándo lucirán dias serenos para la Bretaña! (Transicion.) ¿Conque tu boda se celebra esta noche?

Luisa. Estamos esperando á Marcelino, y al momento que llegue...

Blanca ¿Y tu hermano?

LUISA. Reparó la injusticia de sus sospechas, escribiendo á mi padre una carta, en la que le suplicaba, invocando la sagrada memoria de nuestra madre, que no se opusiera á mi matrimonio con Marcelino; entre mi padre y yo mediaron explicaciones, y todo quedó arreglado. La carta de Renato bien merece la cariñosa impaciencia con que le aguardamos.

BLANCA. ¿Y crees tú que vendrá?

LUISA. Seguramente: no podemos designar el dia, pero...

ESCENA V.

Dichos, y RIGOBERTO, saliendo de la alquería.

RIGOB. Está aquí la señora marquesa, y nadie vá á decirme...

LUISA. Os he estado llamando...

BLANCA. Recibí vuestro aviso, y vengo á presenciar la boda de Luisa.

RIGOB. Venís á honrarnos. Cuántas cosas tengo que deciros! Pero, vamos á ver Luisa, y vosotras muchachas, en qué estais pensando; ¿quién vá á arreglar la mesa para los convidados?

VARIAS ALDEANAS. Nosotras.

RIGOB. ¿Quién vá á sacar los vinos de la bodega?

VARIOS ALDEANOS. Nosotros.

RIGOB. Eso es lo que deseo. Id á disponerlo todo. (Al coro.)

DANIEL. Yo, entre tanto, voy á la capilla á ver á los padrinos.

(Vánse todos. Luisa entra en la alquería los regalos de su madrina. Daniel se dirige á la ermita.)

ESCENA VI.

BLANCA y RIGOBERTO.

BLANCA. Veo que la felicidad se dibuja en vuestro semblante.

RIGOB. ¿Y cómo no? Luisa se casa con un hombre que la adora, y Renato vendrá á sorprendernos el dia ménos pensado.

BLANCA. Teneis completa seguridad en lo que decís:

RIGOB. Comprendo. Habeis leido los nombres de los que sucumbieron sobre el campo del honor... Señora marquesa, los periódicos, cuando no hay cordura, solo sirven para dar disgustos.

BLANCA. El nombre de Renato...

RIGOB. Apareció entre los de los muertos, lo sé; pero al siguiente dia al en que se libró la última batalla, cubriéndose de gloria la bandera de San Luis, recibí dos cartas de Renato: en la una me rogaba, que no pusiera impedimento al enlace de su hermana con Marcelino, y en la otra, dábame cuenta de que el general en jefe le habia confiado una importante mision en Inglaterra, punto donde permaneceria un mes, cuando ménos, sin poderme escribir, porque su presencia en la córte del rey Jorge era un misterio.

BLANCA. Siendo así...

RIGOB. Y por cierto, que en una de las dos cartas me hablaba de su amor... de su amor, por quien ha expuesto cien veces la vida.

BLANCA. Su intrepidez ha sido premiada con la cruz de San Luis.

RIGOB. ¡Ennobleciendo su cuna! Queria ser digno de la persona á quien amaba.

BLANCA. Lo sé.

RIGOB. Y á quien amaba, ¿tambien lo sabeis?

BLANCA. Tambien. Renato merece la posicion que ha sabido conquistarse. Pero volviendo á nuestro asunto, ¿habeis aprobado sin reserva la boda de Luisa?

RIGOB. Me lo rogaba mi hijo; es la felicidad de mi hija, y he dado mi consentimiento con la buena fe de un breton honrado. Marcelino vale, señora marquesa: por cierto que, ménos afortunado que mi hijo, fué herido en la batalla de que acabamos de hablar, y á esto debe sus insignias de capitan: yo le perdon

el ascenso, porque al regresar á su país se retira del servicio.

BLANCA. ¿No recelais de que el recibimiento sea hostil por parte de los aldeanos?

RIGOB. No: todos saben que libró la vida de Renato y la vuestra; que con su autoridad de oficial, se opuso á que los soldados que mandaba incendiasen mi alquería, y las mieses de los labradores.

(Voces fuera.) ¡Viva Marcelino! ¡Viva el novio!

RIGOB. En prueba de cuanto he dicho, esa alegre algazara anuncia la vuelta al redil de la descarriada oveja.

ESCENA VII.

Dichos, Luisa cogida de la mano de Marcelino, y coro de ambos sexos. Los hombres traen vasos y botellas de vino, Marcelino, besa la mano de Rigoberto, éste le abraza. Despues Marcelino saluda respetuosamente á la marquesa.

MÚSICA.

CORO. Viva, viva Marcelino,
viva el bravo capitan!
viva, viva, nuestro hermano!
es un breton más!
Por él, á beber!
Por él, á brindar!

MARC. En el alma yo agradezco
vuestra hidalga recepcion.

CORO. Vaya un brindis!

MARC. Vaya un brindis! (Tomando un vaso.)

LUISA. A brindar con efusion,
por la paz de los franceses;
por la gloria del breton.

MARC. Sí, brindemos, compañeros,
por la gloria del breton!

I.

La madre, á quien los hijos

sustentan en la paz,
acrece las haciendas,
y dobla el capital.
En guerra la familia,
y roto el santo amor,
miserias y venganzas
el patrimonio son.
¡A brindar!
La madre es la pátria,
que muere de horror,
si escucha que truena
la voz del cañon.
La guerra termine;
comience la paz,
y vivan en Francia
franceses no más!

TODOS. La madre es la pátria, etc.

II.

MARC. La sangre parricida
convierte en erial,
los campos que florecen
al nombre de la paz.
En vez de los trofeos
de cruda guerra vil,
la rama de la oliva
florezca en el país.
¡A brindar!

TODOS. ¡A brindar por nuestra pátria,
por la dicha del hogar!
¡A brindar por la alegría
que consigo trae la paz!

HABLADO.

RIGOB. ¡Nobles ideas!

MARC. Más de un honrado breton hay en estas montañas de quien las he aprendido.

BLANCA. Segun Rigoberto, abandonais el servicio.

MARC. La ley obligóme á ingresar en las filas del ejército republicano, y el cumplimiento de mi deber me ha costado tres heridas. Un personaje influyente de la Senescalía de Bivre, ha conseguido mi retiro, y la gratitud de toda mi vida no será bastante á recompensar el favor que me ha dispensado. Es preciso estar en campaña, para comprender lo que se padece. Hay ocasiones en que duelen más las heridas que se hacen, que las que se reciben.

BLANCA. ¿Habeis sufrido?

MARC. ¡Mucho!

BLANCA. ¿Y habeis corrido grandes peligros?

MARC. Tan grandes, que es verdadero milagro que relatarlos pueda, que entre vosotros me encuentre. Y no hay que recurrir á la memoria para buscar dramáticos episodios: son tantos, que ellos mismos se facilitan... sin ir más léjos: el dia siguiente á la noche en que el Sr. Rigoberto me concedió cristiana hospitalidad, nosotros, los azules, aunque con harto pesar mio, contábamos con sorprender á los blancos; pero, por uno de esos azares tan frecuentes en la guerra, nosotros fuimos los sorprendimos, con astucia tan bien calculada, que nos envolvieron y nos derrotaron.

RIGOB. ¿Os derrotaron? (Con alegría.) Perdonad.

MARC. Vuestra alegría es justa: triunfásteis en toda la línea.

RIGOB. ¡Es cierto!

MARC. Antes de terminar el combate, y en el mismo punto en que, en medio de espantosa confusion, tuvimos que emprender la retirada, uno de nuestros enemigos, bravo entre los bravos, lanzóse en mi seguimiento, sembrando por todas partes el terror y la muerte. (Se redobla la atencion general.) Cerca de mí, y ántes de que yo pudiera tomar la defensiva, disparó

un arma de fuego, y al mismo tiempo caí en tierra herido gravemente.

LUISA. ¡Dios mio! (Asustada.)

MARC. Su intencion fué acabar conmigo; así es que avanzó, fuera de sí, al lugar en que yo me encontraba; pero ántes de que pudiera realizar su intento, incorporándome un poco, lo atravesé de una estocada, haciéndole, á mi vez, morder la tierra.

LUISA. ¿Qué decís?

RIGOB. Fué en defensa propia.

MARC. Yo, no sin soportar horrorosos dolores, logré levantarme: el moribundo se asió desesperadamente á una de mis manos, pronunció algunas palabras, y pareciéndome que aquella voz no me era del todo desconocida, le pregunté: «¿Qué quereis?». Y haciendo supremo esfuerzo, dijo: «para mi padre: (Gran interés en Rigoberto.) y dióme una prenda. ¿Dónde vive? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?, fueron mis preguntas, hechas á un tiempo, porque la vida de aquel hombre se apagaba por instantes. El infeliz quiso responderme, pero no pudo: lanzó un quejido, y cayó como una maza de plomo sobre la tierra. Levanté su cabeza para reconocerle; pero la oscuridad en aquel momento era profunda, y sin realizar mi deseo, y no sin gran trabajo, tuve que apartarme de aquel sitio porque el fuego del enemigo arreciaba por instantes. A poco, pasó una ambulancia, recogióme, y yo me ví en salvo, llevando casi la muerte con la bala que en mi pecho habia penetrado.

RIGOB. ¿Y quién os hirió? ... (Rectificando.) A quien matásteis, ¿llevaba el traje del país?

MARC. Uniforme blanco.

VARIOS. Era de los nuestros.

RIGOB. (No puede ser, y sin embargo, la incertidumbre me mata!) ¿Y qué os entregó?

ESCENA VII.

Dichos y DANIEL.

DANIEL. Luisa, Luisa, vuestros padrinos esperan en la capilla, para rezar la salve, ántes de que el señor cura os eche las bendiciones.

VAR. ALD. ¡Vamos á rezar la salve!

LUISA. Madrina, ¿nos acompañais?

BLANCA. Y en la capilla esperaré hasta que vuestro enlace se efectúe.

LUISA. Marcelino, que nos esperan.

MARC. (A Rigoberto.) ¿Vendreis con nosotros?

RIGOB. ¿Qué objeto fué el que os entregó el moribundo?

MARC. Una cruz.

LUISA Padre, ¿vamos?

RIGOB. Al momento os sigo. ¿Queréis enseñarme esa cruz?

MARC. ¿Por qué no? (Dándosela.) Luego me la devolvereis.

DANIEL, En marcha.

LUISA. (A Marcelino.) Que nos esperan

MARC. Vamos. (Vánse todos en direccion á la ermita.)

ESCENA VIII.

RIGOBERTO.

Durante toda esta escena, se oye el eco de canto religioso, acompañado por un órgano.

¿Por qué mi mano se agita,
y el corazon casi inerte,
con dificultad palpita?...
¡Si en esta cruz vendrá escrita
la sentencia de mi muerte!
¡Qué repugnancia invencible,
experimento al abrir?.. (Con resolucion.)
Esta incertidumbre horrible
es un martirio imposible,

imposible de sufrir!

(Desenvuelve los papeles, y examina la cruz.)

¡Muerto! ¡Nó! ¡Nó! ¡Desvarío!...
¡La prueba está en mi poder,
y en engañarme porfio!... (Abandonándose á su dolor, y envueltas en llanto las frases.)
¡Hijo del alma! ¡Hijo mio!
¡Para qué te he dado el sér! (Pausa. Reponiéndose. Con agitacion creciente.)
Cuando esta cruz le he entregado,
de todo mal preservado
le juzgué en mi ceguedad;
¡salvaste á la humanidad,
y á mi hijo no has salvado!...
Tu ineficacia evidente
roba en mi pecho el fervor...
(Horrorizado.) ¿Qué digo? ¡Nó! ¡Estoy demente;
perdóname, Dios clemente,
quien blasfema es mi dolor!

(Comprendiendo la gravedad de lo que en aquellos momentos sucede.)

¡Y van á unirse! ¡No! ¡Espera!... (Dá algunos pasos sin direccion marcada.)
Hija... ¡Luisa!... Esto fuera
un crímen inconcebible;
la iniquidad más horrible
que cometerse pudiera!
Cuenta Dios me pediria,
Dios, cuyo auxilio yo invoco,
pues mi razon se extravía!

(Convirtiendo sus ojos á donde está la imágen de la Vírgen.)

¡Vírgen pura! ¡Vírgen mia!...
¡Ten piedad de un pobre loco!

(Se postra de rodillas delante de la Vírgen. Permanece en esta actitud hasta que oye la voz de Daniel.)

ESCENA IX.

Dicho y DANIEL.

MÚSICA.

DANIEL. (Fuera.) Rigoberto. (A esta primera voz, Rigoberto se levanta y presta atencion.) ¡Rigoberto! (En este momento aparece Daniel en escena. Toda la primera parte del duo recato y misterio sostenido por Daniel.)

Necesito hablar con vos.

RIGOB. ¿Qué sucede? No me explico
tan extraña agitacion.

DANIEL. Los colonos obedecen,
cuando escuchan vuestra voz,
y hace falta más que nunca
vuestra noble intercesion.

RIGOB. Habla, pues, que ya me tienes
impaciente, ¡vive Dios!

DANIEL. Esa pastora
que aquí ha llegado
há pocos dias,
y está cuidando
junto al molino
de su ganado,
dice, y afirma,
que vió á un soldado,
con uniforme
republicano,
cruzar la selva
con gran recato:
la nueva cunde;
crece el enfado;
los campesinos
van á matarlo.

y á vos acudo
para evitarlo

RIGOB. No, mil veces! Juro al cielo,
que la muerte le he de dar!
(Dirigiéndose á la cuerda de la campana para tocar á somaten.)
DANIEL. (Interponiéndose.)
¡Rigoberto!
RIGOB. ¡Aparta!
DANIEL. ¡Nunca!
RIGOB. (Empuñando el cuchillo que lleva á la cintura.)
¡Miserable!
DANIEL. (Descubriéndose el pecho.)
Derramad,
si quereis la sangre mia,
yo esa muerte he de evitar!

RIGOB. Daniel aparta,
ó juro á Dios,
que hago pedazos
tu corazon!
Tuve dos hijos:
perdí á los dos.....
DANIEL. ¡Cómo!... ¿Renato?...
RIGOB. ¡Tambien murió!

Llamo á mis hijos, no me responden,
y esto desgarra mi corazon!
Vivo tan solo para vengarme,
sino la muerte me diera yo!
DANIEL. Igual desgracia tambien me aflige,
tuve dos hijos, perdí á los dos;
mas con un crímen no recupero

lo que ha perdido mi corazon!

(Tumultos y voces fuera, de «Mueran los azules.»)

RIGOB. ¿No has escuchado?

DANIEL. Estais á tiempo. (En ademan de súplica.)

RIGOB. (Decidido.) Corro á vengarme,
sin dilacion. (Entra en la alqueria.)

DANIEL. Que tánto y tánto
ciegue el furor!
Por vuestros hijos (Viendo á Rigoberto que aparece con un arma de fuego.)
yo os ruego...

RIGOB. No!

Por esos hijos,
que fueron muertos
por los azules
en ruda lid,
juro vengarme,
y es todo inútil,
que el juramento
corro á cumplir!

DANIEL. No á la venganza
presteis oido:
salvad la vida
de ese infeliz!
Quizá su padre
le está esperando!
Quizá la muerte
vá á recibir!

(En este momento aparece Renato en las montañas del foro con uniforme azul, y descompuesto todo su exterior. Vuelto de espaldas á la escena, mira con sobresalto si alguien le persigue. En el momento en que aparece, es cuando Rigoberto dice el verso *Mil veces no;* dispara la carabina, y Daniel

arrojándose al propio tiempo sobre él, para que no haga fuego, hace variar la direccion de la puntería. Al sonar la detonacion, Renato se vuelve, reconoce á su padre, y desde el sitio en que está, dice con acento desgarrador ¡*Padre!*)

DANIEL. ¡Ah! ¡Deteneos!

RIGOB. ¡Mil veces no! (Dispara la carabina.)

RENATO. ¡Padre!

RIGOB. ¡Renato! (Horrorizado de lo que ha hecho.)

(Dá un paso hácia su hijo, é inmediatamente se vuelve atrás, y cae de rodillas delante de Daniel.)

Daniel.... Perdon!!

Renato corre á incorporarse al grupo formado por Daniel y Rigoberto. Este levanta los ojos, vé á su hijo, se precipita en sus brazos, y deja correr su llanto. Ligera pausa. Daniel y Renato ayudan á andar á Rigoberto, hasta que se sienta en un banco rústico.

HABLADO.

RIGOB. Renato.

RENATO. Padre!

RIGOB. Hijo mio!
Deja, deja que mi pecho,
que estaba pedazos hecho,
recobre de nuevo el brío!
Deja que un padre cruel
repare el mal que causó.
Daniel, vale más que yó:
ven, y abrázame, Daniel!

(A su hijo) Llorando tu muerte, fuí
ciego esclavo de la ira,
tanto, parece mentira,
que hice fuego contra tí!
Ese uniforme.....

RENATO. Es verdad.
Mal herido y prisionero,
sin él, ¿cómo recupero
mi perdida libertad?

Y aun así, no sin fatigas,
expuesto á ser fusilado,
la vigilancia he burlado
de las tropas enemigas.
Pero ya todo acabó,
y trás desastres sin cuento,
justo es que llegue el momento.....

RIGOB. Que tanto anhelaba yo
La marquesa vive allí: (Indicando el castillo)
paga á su duelo tributo;
pero en cuanto pase el luto.....
te quiere tambien.....

RENATO. ¿A mí?
Tal ventura no he soñado:
vuestro cariño la inventa.....

RIGOB. Eso corre de mi cuenta,
y tú no pases cuidado.
Daniel, que circule el vino.
Cumpliendo con tu deseo,
se celebra el himeneo
de tu hermana y Marcelino.

(Se oye fuera el canto de los convidados á la boda.)

¿Oyes? De tanta alegría
Debemos participar.
Ven: nos vienen á buscar.

(Se dirige hácia el foro, y en este momento aparecen Luisa, Marcelino y todos los convidados.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, LUISA, MARCELINO, etc., etc.

LUIS. (Corriendo al encuentro de su hermano.)
¡Es Renato!

RENATO. ¡Hermana mia!

MARCEL. ¡Un abrazo! (Se abrazan.)

RENATO.

RIGOB. ¡En él se encierra
la dicha que huyó fugaz!
(¡Hoy se abrazan en la paz!
¡Ayer se hirieron en guerra!)
¡El padre, el hermano, el hijo,
se despedazan sin duelo!...
No en vano Dios, desde el cielo
la guerra civil maldijo!

MÚSICA FINAL.

LUISA. Renace mi alegría:
MARCEL. ¡La paz vuelve al hogar!...
¡Tu amor y el de mi padre
Mi dicha formarán!

FIN DEL DRAMA LÍRICO.